

SILENCIO,

SOLEDAD

Y OTRAS

FLORES

DIEZ CUENTOS

ALBERTO
DE BELAUNDE,
PAOLA
FRANCO,

CARLOS
BARZOLA,
RODRIGO
MENGONI,

RONALD
TAZA,
MARY
BUSTINZA,

GEOFFREY
CANNOCK,
TIRSO
CAUSILLAS,

ÁLVARO
SIALER,
JOSÉ
GALLEGOS



Silencio, soledad y otras flores
Diez cuentos

SILENCIO,

SOLEDAD

Y OTRAS

FLORES

DIEZ CUENTOS

SILENCIO, SOLEDAD Y OTRAS FLORES

Autores:

Carlos Barzola
Alberto de Belaunde
Mary Bustinza
Geoffrey Cannock
Tirso Causillas
Paola Franco
José Gallegos
Rodrigo Mengoni
Álvaro Sialer
Ronald Taza

Editado por:

Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria 1801, San Miguel, Lima

Corrección de estilo: Sandra Arbulú Duclos

Diseño: Marcelo Fiori y Romanet Silva de Conjunto Studio

Primera edición: *diciembre, 2024*

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Depósito Legal N° 2024-12358

*A quienes todavía confían en la narrativa breve.
Y a quienes la editan.*

El cuento se construye para hacer aparecer artificialmente algo que estaba oculto. Reproduce la búsqueda siempre renovada de una experiencia única que nos permita ver, bajo la superficie opaca de la vida, una verdad secreta.

Ricardo Piglia
Tesis sobre el cuento

ÍNDICE

pág. 21

El hermano Rolf, de Alberto de Belaunde

pág. 29

El encierro, de Paola Franco

pág. 35

Llamadas, de Carlos Barzola

pág. 41

Codependencia, de Rodrigo Mengoni

pág. 45

Nace una estrella, de Ronald Taza

pág. 51

Impar, de Mary Bustinza

pág. 57

El puente inconexo, de Geoffrey Cannock

pág. 63

Lo necesario, de Tirso Causillas

pág. 71

Encarnación, de Álvaro Sialer

pág. 83

Frutos del tiempo, de José Gallegos

PRÓLOGO

Un simulacro editorial

No existen reglas para editar un texto «correctamente». Tampoco, un método infalible para enseñar a ser un editor. Editar es un ejercicio extremadamente personal y el oficio se aprende en la práctica; y, en más casos que menos, a través del error. Errores que, a veces, se publican. No es la página en blanco la que atormenta a los editores, sino la página impresa, manchada con nuestro descuido, con nuestra falta de juicio, con lo que nos quedaba por aprender, con esa palabra que vimos cien veces bien escrita y que Titivillus no perdonó.

Quizás por esa dificultad —o por el recuerdo tormentoso de los errores que me formaron en la labor editorial—, este semestre le propuse a la Dra. María Gracia Ríos, directora de la carrera de Literatura Hispánica, que me permitiera hacer del curso Introducción al Trabajo Editorial un experimento al que llamé «Simulacro editorial». La idea era que, al igual que los simulacros nos preparan para saber qué hacer ante un desastre natural, este curso les permitiera a las y los estudiantes practicar antes de lanzarse al complejo y diverso mundo editorial. Que les permitiera, además, familiarizarse, en un ambiente controlado, con supervisión y con lecturas que complementaran la práctica, con los múltiples roles y pasos que implica la publicación de un libro.

Nuestros principales aliados fueron los estudiantes de la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad que, con gran entusiasmo y generosidad, confiaron en el proyecto y en estos editores incipientes, y respondieron a nuestra convocatoria con sus cuentos. Recibimos más de cuarenta cuentos inéditos que los autores trabajaron, como parte del currículo de la Maestría, en seminarios donde se practican distintas técnicas de escritura y en talleres de creación. Los estudiantes han trabajado con ellos a conciencia, con lo cual, más que en un simulacro, este curso se ha convertido en una práctica real.

A lo largo de este semestre, las y los estudiantes han transitado cada una de las etapas del desarrollo de un proyecto editorial, desde su concepción hasta su registro y publicación. Empezamos leyendo los cuentos recibidos y discutiendo (en acalorados debates en clase) sus virtudes y posibilidades. De ellos, elegimos diez. El siguiente paso fue analizarlos con detenimiento, escribir informes de lectura y proponerles un plan de edición a los autores. Ellos, nuevamente con entusiasmo y generosidad, recibieron las sugerencias de edición y aceptaron trabajar (y, en algunos casos, reescribir) sus cuentos junto con los estudiantes. Revisaron personajes, conflictos, verosimilitud, estructuras narrativas, puntos de vista, entre otros aspectos de la narrativa de ficción. Cuando hubo consenso en una versión final, volvimos a los textos, esta vez con el lente de la corrección de estilo. Revisamos puntuación, tiempos verbales, el problemático gerundio, sintaxis y gramática.

El título de la antología presentó nuevos retos y mayores risas. Algunos eran títulos serios, otros tristes, otros absurdos y, finalmente, se llegó a *Silencio, soledad y otras flores*, que engloba la diversidad de cuentos reunidos en este libro. Escribimos textos complementarios, elegimos el orden de los cuentos y, finalmente, pasamos a diseño, maquetación, registro e impresión. El feliz final de este simulacro editorial marca otro comienzo: la lectura. Ponemos este libro de cuentos en manos de los lectores para que completen su camino y su significado.

En la primera sesión del curso pregunté a la clase qué características y habilidades consideraban indispensables para actuar como editores. Empezaron a enumerar algunas de ellas: tener conocimiento de la gramática y de las reglas que rigen la lengua española, identificar las necesidades de un texto de acuerdo con el género al que pertenece, tener una mirada puntillosa, prestar atención al detalle, saber trabajar en equipo, conocer el mercado editorial, ser un lector asiduo, tener buen olfato editorial, entre otras características que, sin duda, son necesarias. Yo iba apuntando en la pizarra cada uno de los aportes, esperando que aparecieran aquellos que, con suerte, se mencionan al final: el amor, la empatía, la paciencia y el desprendimiento, que agregué a la lista y subrayé con énfasis. Los estudiantes rieron.

¿Qué tiene que ver el amor? No hay mejor razón para iniciarse en este oficio. El amor por los libros, por las historias, por la lectura, por la escritura.

¿Qué tiene que ver la empatía? Hay que compenetrarnos con los autores, entender lo que buscan y proponer caminos para alcanzarlo, sin dejar de pensar en los lectores y sus necesidades.

¿Qué tiene que ver la paciencia? Es necesaria para leer los textos una y otra y otra vez. Y una vez más.

¿Y el desprendimiento? Porque estamos ahí para buscar la mejor versión de un texto que no nos pertenece. No podemos ceder a la tentación de imponer nuestra mirada, porque no tenemos la palabra final. Los textos son de sus autores; debemos dejarlos ir.

Acá van, pues, los textos trabajados en el curso. Gracias por acompañarnos en este simulacro. Y gracias a las y los estudiantes por su enorme amor por los libros. Ahora que termina el simulacro, que sea siempre esa la característica que encabece sus listas.

Mag. Rosario Yori

Profesora del curso Introducción al Trabajo Editorial

DIEZ CUENTOS



EL HERMANO ROLF

Alberto de Belaunde

Cuando Caperucita Roja llegó al bosque, salió a su encuentro el lobo, pero la niña no sabía qué clase de fiera maligna era y no se asustó.

Hermanos Grimm

21

Bellido recordó las pastillas de su abuela y lamentó ser un cobarde. Reacomodó por tercera vez los libros en el casillero mientras sus compañeros terminaban de salir del aula. Cuando no quedó nadie, cerró su mochila y caminó a la Dirección del colegio.

No pasó mucho tiempo en la salita. La secretaria le dijo que el director lo estaba esperando, que tocara la puerta. Lo hizo primero con delicadeza y, luego de esperar unos segundos, con algo más de fuerza. No entendió las palabras que venían de adentro, pero por el tono de voz del padre Francisco, asumió que podía pasar.

Bellido lo saludó y sintió que la cara se le ponía roja. Le había ocurrido lo mismo esa

mañana cuando fue a confesarse con él. Le era habitual sentirse incómodo o avergonzado. Por eso, tanto los alumnos como los profesores habían estado de acuerdo con el apodo que le había puesto un compañero años atrás.

—Rojo, adelante. Toma asiento, por favor.

Apoyó su mochila al costado de la puerta y fue a sentarse en la silla frente al escritorio del director. No sabía qué hacer con sus manos, así que las pegó a sus muslos. Para no mirar a la cara al padre Francisco, se enfocó en los objetos sobre el escritorio: un teléfono, una pequeña estatua de mármol de la Virgen, una taza de café con el escudo del colegio, dos montículos de fólder y papeles.

—Espero que no te moleste que te haya dicho «Rojo». Es que todos por aquí te dicen así. Pero si quieres te digo «Bellido», ah. Yo lo decía con buen ánimo, porque somos amigos. Pero si quieres te llamo por tu apellido...

Bellido lo vio sonreír y eso le dio algo de calma. El director sonreía poco: si mostraba buen humor, no debía estar molesto por su confesión esa mañana. Le respondió que no, que no había problema, que así lo llamaban todos. Ya se había acostumbrado y, de verdad, no le fastidiaba. Lo dijo como si estuviera disculpándose, como si fuese su culpa que el director se sintiera incómodo por haberlo llamado por su apodo y no por su apellido, como era la costumbre en el colegio.

—¡Zanjado, entonces! Gracias por la confianza. ¿Quieres algo de tomar? Puedo hacer que Jenny te traiga una Coca-Cola o una Inca Kola del quiosco. Yo invito.

Tenía la boca seca y le hubiera encantado tomarse una Inca Kola helada, pero no quería que la señora del quiosco lo viera ahí. Negó con la cabeza. Era muy chismosa y al día siguiente todo el mundo sabría que estuvo en la oficina del director luego de la hora de salida y lo llenarían de preguntas.

—Bueno, Rojo, te agradezco que hayas venido y podamos seguir la conversación que iniciamos esta mañana, cuando decidiste abrirme tu alma. ¿Sabes? Desde que te vi entrar al confesionario supe que algo te angustiaba.

Bellido no dijo nada.

—No te preocupes, que lo que conversaremos aquí es completamente confidencial.

Sentía que la confesión con el padre Francisco había ocurrido hace mucho y solo habían pasado siete horas. Esas siete horas habían sido eternas. No sabía por qué se había atrevido a contarlo. Y encima al director, sin saber cómo podía reaccionar. Recordaba el momento como una película, donde era otro el que decía sus palabras por él.

—Como te imaginarás, me he quedado muy preocupado... Muy preocupado, muy preocupado. Lo que me dijiste sobre el hermano Rolf es muy grave.

Bellido se sobrecogió. Por un instante pensó que la puerta detrás de él se abriría y entraría el hermano Rolf a confrontarlo. El padre Francisco percibió su temor.

—No te preocupes, que esta es una conversación solo entre nosotros. Considéralo como si fuera una continuación de la confesión. Cuéntame nuevamente lo que me dijiste en la

mañana, quiero entender bien qué es lo que ha pasado.

No quería repetirlo y tampoco veía el sentido de hacerlo. Además de volver a ponerse rojo, sudaba como si estuviera haciendo deporte. Eso lo puso más incómodo, porque notó que aparecían manchas en la camisa azul del uniforme. Empezó a hablar generalidades que él mismo interrumpía y dejaba inconclusas, su voz se iba debilitando. El padre Francisco le hizo saber, tocándose la oreja con un gesto de fastidio, que le era difícil escucharlo por encima del ruido de la podadora que entraba por la ventana. Bellido se quedó en silencio y miró nuevamente los objetos del escritorio. El padre intentó una aproximación diferente.

—¿Cuándo empezó... lo que me contaste?

Bellido no tenía una fecha exacta, pero sentía como si hubiera empezado hace muchos años. Hizo un cálculo rápido y se sorprendió al darse cuenta de que habían sido cinco meses.

—¿Tanto tiempo? No entiendo por qué recién me lo dices ahora. ¿Lo has conversado con alguien más?

No se lo había contado a nadie. Su mamá vivía el duelo estresada entre dos trabajos, casi no la veía en la casa. Su abuela había empeorado mucho y estaba en ese momento postrada en una cama, sin mucha conciencia de lo que sucedía alrededor. No había nadie más a quien contarle y quizás por eso estaba frente al director.

—Y dices que todo empezó un día después de clases, ¿cierto? Fuera del colegio.

Bellido decidió responder con más detalle, así tal vez no tendría que contestar más preguntas

y todo terminaría rápido. Un jueves, después de la clase de religión, que era la última del día, el hermano Rolf le había dicho para conversar antes de que se fuera. Le preguntó cómo seguía luego de la muerte de su padre. Le preguntó por qué su abuela ya no lo acompañaba a la misa de los domingos. Le preguntó en qué trabajaba su madre. El hermano Rolf escuchó cada respuesta atentamente. Luego le dijo que Dios nos ponía pruebas que a veces no podíamos entender; le habló de Job, le habló de sacrificio. Le dijo que veía en él un camino de santidad si se dejaba guiar. Que era valiente, que a sus trece años ya era todo un hombre, distinto a sus compañeros, mejor que sus compañeros, que destacaba en el rebaño. Que si Dios le ponía esos retos era porque estaba destinado a grandes cosas, a vivir su amor de una forma que otras personas no imaginaban ni serían capaces de entender.

Lo que no le contó al padre Francisco fue lo que sintió durante esa conversación. El hermano Rolf era una persona seria, con un marcado acento alemán que lo hacía sonar distante. Que decidiera no solo hablar con él, sino que además se preocupara por sus asuntos y lo elogiara de esa manera, hizo que por primera vez en su vida se sintiera especial.

—Entonces, esa vez solo conversaron... Nada incorrecto ocurrió dentro del colegio, ¿cierto? Siempre fue afuera, donde tu abuela.

Bellido se sobresaltó cuando sonó el timbre de la puerta de la casa de su abuela. Nadie la visitaba nunca. Su mamá solo iba los domingos, que era el único día en que no trabajaba. Pensó que podía ser la enfermera del turno de día, que

había olvidado algo. No podía ser la enfermera del turno noche, era muy temprano y siempre llegaba tarde, para desesperación de Bellido. Él se ocupaba del cuidado de su abuela durante tres horas en las tardes, pues no alcanzaba el dinero para llenar ese vacío extendiendo horarios o contratando a alguien más.

Vio por la perilla los ojos celestes del hermano Rolf. Era una sorpresa verlo fuera del colegio, frente a la casa de su abuela. Había pasado una semana desde esa conversación al final de la clase y Bellido tenía muchas ganas de seguir conversando con él, volver a sentirse especial, pero nunca imaginó que lo iría a buscar. Le abrió la puerta. El hermano Rolf le contó que alguna vez había acompañado a su abuela hasta su casa. Esa tarde pasaba de casualidad por ahí y se le ocurrió visitarlos para rezar por su salud y continuar la conversación que habían iniciado en el colegio. Bellido se puso rojo. Lo dejó pasar. Sus visitas se empezaron a repetir dos veces por semana. Esa fue la única vez en la que entró al cuarto de su abuela a rezar.

—¿Y tienes alguna prueba de esto, Bellido? Porque son acusaciones muy graves que podrían meterlos a los dos, a ti y al hermano Rolf, en muchos problemas... Y no solo a ustedes, sino a todo el colegio. Tú sabes que tenemos muchos enemigos que quieren golpearnos para dañar a nuestra Iglesia... ¿Alguna prueba o algún testigo...?

No tenía pruebas, tampoco testigos. El hermano Rolf era puntual en sus visitas, nunca se cruzó con alguna de las enfermeras. Las visitas no se extendían más allá de lo necesario.

Solo las primeras veces conversaron un poco, luego llegaba y subían al cuarto de visitas casi sin intercambiar palabras. Cada tarde Bellido deseaba que el timbre no sonara, pero cuando lo hacía, siempre abría la puerta.

—Las relaciones impuras de esa naturaleza constituyen un pecado mortal. Como sabes, la Biblia es clara en este asunto, no hay lugar a interpretaciones. Si denuncio esto formalmente, el hermano Rolf sería retirado de la institución, pero me temo que tú también, pues es una falta disciplinaria muy grave.

El director enfatizó esas últimas palabras. Bellido recordó a su mamá llorando en el velorio, en las mañanas y al volver del trabajo. Se la imaginó llorando en esa oficina.

—Entiendo que las cosas en casa están complicadas, ¿verdad? La media beca que la APAFA generosamente te ha otorgado ayuda, pero no alcanza... Es que la crisis económica ha golpeado fuerte a muchos. Aquí mismo, en el colegio, no sabes los apuros que estamos teniendo, cobrando la mensualidad. Te sorprendería la lista de morosos.

Bellido guardó silencio. Ya no sabía qué más decir o hacia dónde mirar. Pensó en cerrar los ojos, pero no quería que el padre Francisco imaginara que estaba llorando. Fijó la vista en el escudo del colegio en la taza de café. Seguía con las manos en los muslos.

—Tu secreto está a salvo conmigo, no te preocupes. Manejaremos esto con toda discreción, ¿okey? Ya hablé con el superior de la congregación. No le di ningún detalle, tranquilo. El hermano Rolf será trasladado esta misma

semana a otro colegio. El traslado no generará sospechas porque será nombrado subdirector de nuestro colegio en Ica, que justo el puesto ha quedado vacante luego de la partida a Roma del hermano Lorenzo...

Bellido notó que estaba aguantando la respiración. Al exhalar emitió un pequeño sonido, parecido a una queja. Volvió a ponerse rojo. El director siguió hablando.

—Pero eso ya no me preocupa, me preocupas tú. Me preocupa tu alma. Nada de esto se puede volver a repetir, Rojo. Desde el colegio te vamos a ayudar, yo personalmente seré tu guía espiritual. Podremos reunirnos aquí luego de clases, para conversar y rezar juntos. También conversaré con la APAFA para que extiendan la beca y pueda ser completa. Eso ayudará a que no estés tan angustiado, tan confundido. Haré todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarte, pero tú también tienes que poner de tu parte. ¿De acuerdo?

Bellido dejó la oficina del director y caminó por el extenso jardín rumbo a la salida. Pensó en que si no apuraba el paso, la enfermera se iría y su abuela se quedaría sola. Pensó en el padre Francisco y se preguntó si cumpliría su palabra o si volvería a sonar el timbre de la casa esa tarde. O la tarde siguiente. Pensó en la confesión y en si sería suficiente para salvar su alma. Y pensó también que ya era fin de mes y pronto se le acabarían las pastillas a su abuela. Distráido, no le devolvió el saludo al jardinero que se disponía a podar uno de los árboles más antiguos del colegio.



EL ENCIERRO

Paola Franco Arias

Un niño ha entrado a la chacra de mamá y araña con insistencia uno de los cactus que separa nuestro terreno de la huaca. Lo hace con una rama seca de espinos. Sigo sus garabatos desde mi ventana. Intercala sus tambaleos con risitas socarronas y murmullos enrevesados. A veces se detiene para volver sobre alguna rayadura y embarra la punta del arma con algunas lágrimas blancas que gotean de la planta. No sigue un patrón. Tampoco una inscripción clara. El cactus herido no lo convence de su proximidad a la muerte. Así que insiste en los cortes.

Cuando los rayones han cubierto casi toda la piel, el niño tira el brote hacia la mata de mala hierba y esta se mimetiza con ellas. Ahora está interesado en lo que sucede detrás de uno de los asientos de piedra. Desde mi encierro solo alcanzo a ver sus piernitas inquietas. Parece como si cavara con la certeza de que ahí yace algo valioso. Entonces empieza la extracción. Como si separara un cuerpo maligno de una superficie sana, levanta lo que parecen ser lombrices y las coloca sobre el asiento más cercano.

Las alza y sacude para comprobar que han despertado del sueño. Luchan en vano. Los dedos del niño son pequeños, pero también aprietan fuerte. Tan fuerte que, a veces, por la violencia del arranque, aplasta sus cabezas hasta destrozales la piel. Cuando no se estremecen, las arroja a la pista, garantizando su muerte al sol o a las motos que pasan haciendo carreras.

No sé cuántos cuerpos acumula. Solo tengo claro que su festejo ha sido excesivo. Tal vez celebra el botín para sus aves. O tal vez se trata de otra cosa.

Termina la recolección y agrupa las lombrices en un solo montículo. Arranca una hoja grande de alrededor y las introduce en un bolsillo que acaba de improvisar. Deja el fardo de gusanos sobre la piedra y se levanta para adentrarse en el centro de la chacra. Pasa sobre las espinas que protegen el huacatay de los ladrones. Se magulla las pantorrillas, pero no se detiene hasta llegar al molle más viejo del sitio. Es un árbol deteriorado, alto por las ramas secas que no he cortado porque no me dejan salir. No le crecen brotes a pesar de que mi mamá riega tres veces por semana. Y ha perdido la rama que servía de columpio o de gancho para llegar a la cima.

El niño se le queda mirando. Ensaya saltos para alcanzar una rama delgada que tal vez pueda resistir su peso. No la puede tocar. Arrastra unas piedras y forma una banqueta. Sube y estira los brazos una segunda vez. Le falta un poco de altura. Acerca otra. Esta no se asienta de manera estable, pero le sirve para apoyar sus dedos. Con un poco más de esfuerzo, consigue sujetar la rama con las dos manos y balancear sus pies contra el tronco. Mueve las piernas sin soltarse y gira. Más cómodo, empieza a trepar

hacia otra rama. No tiene muchas opciones. Las ramas más resistentes están cerca del tronco, no en la copa. El follaje es pobre. En cada tanteo se oyen crujidos secos.

La madera muerta es abundante y no hay mucho que trepar. Pronto se queda atrapado y opta por mirar el área desde una altura moderada. A ese nivel, la corteza está suelta y es sencillo pelar el tronco con los roces. Lo nota y envuelve la rama con sus brazos para iniciar con el despojo. El sonido que produce es más discreto, pero lo conozco bien. Esta vez descarta las superficies tiernas.

Pronto se aburre e intenta llegar a otra rama. La que escoge no tiene costras que sobresalgan. Entonces se da la vuelta y apoya su espalda para buscar una que tiene hojas. Se inclina por ella y empieza a darle manotazos. La golpea fuerte porque se siente retado por el regreso del brote. Golpea una y otra vez hasta que el tallo se quiebra y cae. Lo mira para corroborar la distancia y regresa su curiosidad hacia la parte más alta del árbol. Ninguna otra rama llama su atención, así que se acomoda para mirar a gusto la copa. El sol le cae en la cara. A veces lo ciega. Se da cuenta de que puede eludirlo cuando aparta la cabeza de los huecos que se forman entre las ramificaciones.

Juega con él y cree que le gana cuando los destellos no irradian sobre su cabeza. Celebra tan pronto se resguarda bajo las zonas tupidas de las ramas. Si se cansa, dirige su vista al frente y se frota los ojos. Recupera la visibilidad y continúa con el duelo.

La visión se le enturbia luego de varios

enfrentamientos y ya no consigue reponerse con unos cuantos sobeteos. Sus manos están sucias. No puede hundirse los dedos con fuerza. Va a probar con su polo, pero no calcula el equilibrio y se resbala. Su zapatilla se enreda en una rama naciente del árbol y sus brazos quedan suspendidos porque no alcanzan el tronco de la parte baja. Se zarandea varias veces, pero en lugar de acercarse, solo estira más el polo y apresura su caída.

El sonido que llegó hasta mi ventana fue el de un estirón desagradable, parecido al que se produce cuando rasgas una tela y te truenas los huesos. Tal vez una combinación de ambos.

Me escondo detrás de la cortina, pero quiero saber dónde ha caído. Escucho algo que parecen hojas secas batidas por las manos o los pies. Lo imagino intentando levantarse.

No tarda mucho en aparecer. Tiene el pelo lleno de paja y apuesto a que también lleno de bichos. Le recorren la cara varios cortes superficiales. Se mete el dedo a la boca para sacar un poco de baba y untarla sobre los hilos de sangre que se asoman por su antebrazo. Hace lo mismo con sus rodillas, esta vez para aplastar la piel levantada. Hasta ahora no llora. Tal vez los golpes no han sido tan fuertes.

Trata de pararse apoyándose del árbol, pero cambia de idea y se sienta sobre las piedras que hace rato apiñó. Da un vistazo general a la chacra y descansa del susto.

A esta distancia no puedo asegurar si ha encontrado otro entretenimiento. Parece que estudiara el cerco. De repente, se lanza con el cuerpo magullado hacia la piedra donde abandonó

las lombrices y se da cuenta de que algunas se han escapado del envoltorio. Encuentra unas cuantas en la tierra y otras en el borde de unas rocas. Las recoge y las envuelve en el fardo. Lo coloca sobre su polo y lo enrolla. Se mete a la chacra una vez más.

Camina hasta llegar a una cavidad formada por los troncos más bajos del molle. Se pone de rodillas y con una mano aparta las hojas que cubren las raíces. La tierra está húmeda. No le importa. Continúa en esa posición.

Reúne tres piedras para formar algo que parece una meseta. Elige la más espaciosa para la parte superior y desempaca las lombrices. Se deshace del envoltorio y junta los cuerpos. Algunos ya no se mueven. Integra a las escurridizas y se voltea para ir por otra piedra. Esta es más pequeña, pero uniforme. Es perfecta para moler lo que fuera.

El niño sujeta la piedra por ambos extremos y la mece suavemente, haciendo movimientos circulares. Presiona y repite el proceso hasta aplastar todos los gusanos. El viento que cruza la chacra no me deja escuchar los últimos sonidos de la fricción. Esos ecos chiclosos que tanto me gustan.

Es posible que tenga restos de papilla entre los dedos porque los frota sobre su short. Mezcla lo que ha quedado en el centro de la piedra y, como está en su punto, se mete un poco a la boca. Arruga la cara, sacude la lengua, pero no deja de comer.

De repente, mira el cerco como si hubiese reparado en su espía. Entonces me arrastro hacia mi cama y dejo una macha de humedad en el borde de la ventana.

Cuando regreso, el niño ya no está comiendo

solo con un dedo. Ahora usa toda la mano. Traga la papilla en un solo bocado.

Una voz se estrella contra los vidrios de mi encierro. Son gritos que vienen de afuera. Han salido de la nada.

—¿¡Dónde te habías metido!?! ¡Te estuve buscando por todas partes! ¡Ahora vas a ver!

El niño mira a alguien que se está acercando con rabia. Una señora entra a la chacra y pisa las plantas que atraviesan su camino. El niño cambia de cara. Se está aguantando el llanto.

Cuando está frente al molle, la mujer mira la escena. Luego lo mira a él.

—¡Qué asco! —le dice.

Lo toma del brazo y se lo lleva con violencia.

El niño cojea y recién suelta algunos alaridos.

Fuera del cerco, lo amenaza con decirle a su papá. Que, si tanto extraña la correa, con gusto usará la suya. Apresuran el paso y escucho el inicio de un largo sollozo.

Ya en la otra avenida, muy lejos de esta casa, siento una ligera emoción. Ahora no estaré solo. Pronto habrá otro como yo, pero más joven y en otro encierro.



LLAMADAS

Carlos Barzola Florián

Frente a la pantalla, Isabel le dio un nuevo click al botón 'llamar'. El sistema buscó en su base de datos y la comunicó al instante con una de las clientas morosas del banco La Solución.

—Buenas tardes. Por favor, ¿me comunico con la señora Camila Silva?

—Ella habla. ¿Quién es?

—La saluda la señorita Isabel Chávez, asesora del área de Cobranzas del banco La Solución. El motivo de mi llamada es...

—¡El maldito banco! ¿Quiénes más podrían ser? Señorita, todo el día me atormentan con llamadas. Ya ni puedo contestar el teléfono. Deberían tener un poco más de consideración. ¡Tengo los nervios destrozados porque llaman y llaman y llaman!

—El motivo de mi llamada es para recordarle que, a la fecha, mantiene el adeudo de un monto con el banco. Observamos que, desde hace varios meses, no cancela las cuotas correspondientes.

—«Recordarme», ¿cree que no me acuerdo de esa deuda? Si llaman tres veces al día, ¿cree

que me olvidaré de esa deuda? Señorita, soy una madre soltera que no recibe ni un sol del idiota que tengo por marido. Debo buscar a diario cómo pagar los gastos de mis dos hijos. No es que no me acuerde de los pagos, pero ¿de dónde voy a sacar para cancelarles?

En silencio, Isabel recordó que, hace un mes, su esposo le había confesado que no se sentía cómodo con «eso de ser papá» y que necesitaba relajarse por su «salud mental». Se lo dijo por teléfono luego de haberse ido del departamento que alquilaban. Le molestaba que Sebastián, de seis meses, lo despertara por la madrugada y no lo dejara dormir bien, porque eso lo perjudicaba en el trabajo. Isabel le increpó que su agotamiento no era nada en comparación con los sacrificios que ella hacía sin reclamar. «Por mi tranquilidad, mejor hablamos luego», dijo el esposo y colgó. Por más que Isabel lo llamó y lo llamó, él no volvió a contestar.

—Señora, lamentamos mucho esta situación y las dificultades que está atravesando. Considerando esto, desde el área de Cobranzas, podríamos ofrecerle reprogramar la fecha de las cuotas de acuerdo con sus posibilidades de pago.

—La verdad, señorita, no tengo «posibilidades de pago». Mis papás me ayudan con varios de los gastos de mi hijo mayor: el colegio, sus útiles, alguna ropa que necesite. Pero el menor, el bebé, es el que me reclama leche, me hace gastar en pañales... encima ahora está enfermo del estómago y necesito comprarle sus medicinas porque ni seguro tenemos. ¿Sabe lo caro que es un jarabe para bebés?

Isabel, saliendo de su turno, debía comprar un

frasco de jarabe contra la gripe y medio paquete de pañales para Sebastián. Había amanecido con calentura y el estómago suelto.

—Señora, la comprendo. Todos atravesamos dificultades. A lo mejor... ¿ha probado darle leche con té para los dolores? A lo mejor, como estaba diciéndole, podríamos ayudarla reprogramando sus fechas de pago con montos más accesibles, según sus posibilidades.

—¿Leche con té? Como me preparaba mi abuelita. ¡Claro! Pero no, señorita. Ya conozco la gran «generosidad» de los bancos. Me reprograman la deuda y termino pagando el doble de interés. Tampoco puedo quedarme amarrada a un préstamo que nunca podré pagar —Isabel escuchó a Camila abrir el caño y los platos chocando entre ellos—. Mire, yo pedí prestados diez mil soles para montar un pequeño bazar en la cochera de mi casa. Compré unos estantes y hasta conseguí el dato de unos buenos importadores chinos en Mesa Redonda. Tenía todo listo, pero el mayor de mis hijos se accidentó. Por jugar en la calle, se dio un mal golpe en la nuca. Tuvieron que internarlo de emergencia. Hubo que pagar medicinas, gastar en pasajes al hospital por tres semanas, tratamiento, todo. Y cuando le pedí dinero al imbécil del papá, me respondió que ese también era mi hijo y que él había cubierto los gastos de los chicos por muchos años, así que ya era mi turno de hacerme cargo. No me dio ni un centavo.

La voz de Camila se mantenía serena, a pesar de la indignación que Isabel reconocía en sus palabras. Ella misma se indignó: otro

que no se sentía cómodo con «eso de ser papá», pensó.

—Y no me quedó otra salida, señorita. Tuve que agarrar del préstamo. Gracias a Dios, mi hijo se sanó, pero la plata se fue ahí y no al negocio. Cuando mi marido se largó de la casa, lo demandé por alimentos y le exigí también por la vía legal que pagara la deuda. El problema es que no sé qué proceso demora más. Y, mientras tanto, el canalla, feliz, y los abogados, buscando sacarme plata. ¿Qué podía hacer? ¿Seguir gastando hasta que al bendito juez se le ocurriera hacerme caso? No. Con el poco dinero que me quedaba, compré perfumes, talcos, desodorantes, todo para la limpieza y el cuidado personal. Y aquí me tiene, viviendo del día a día. Así que dígame, señorita, ¿cuánto me pedirá que pague al mes? ¿Qué tan grande es el corazón de su banco?

Al menos cuatrocientos soles. Eso era lo que Isabel debía reunir antes de fin de mes para completar el alquiler de su vivienda. Desde que su marido se marchó, le era difícil pagar a tiempo. Aún le faltaba cubrir el monto total de abril y ya estaba terminando mayo. La dueña del departamento comprendía la situación que afrontaba como madre soltera, pero ella también necesitaba el dinero para comprar sus pastillas. Ya le había dicho que, si no podía cubrir los pagos de la renta, mejor buscara otro lugar para vivir.

—En efecto, señora, el monto del préstamo fue de diez mil soles, pero, debido a los intereses por los ocho meses impagos, acumula una cuenta de quince mil cuatrocientos cincuenta soles —el silencio del otro lado de la línea se agudizó—. ¿Aló, señora Camila? Le reitero que

podemos considerar una reprogramación de sus cuotas y proponerle facilidades sobre el monto de los intereses —Isabel sintió que cualquier propuesta que pudiera hacerle sería insuficiente y bajó la voz antes de continuar—. Mejor dígame usted cuánto podría cancelar mensualmente.

—¿Cómo dice?

—Que mejor me diga usted cuánto podría cancelar mensualmente —insistió Isabel.

—Poco o nada, señorita. No más de trescientos soles al mes, por lo menos hasta que el sinvergüenza de mi marido me pague algo.

—Señora Camila, entiendo. ¿Usted cree que pueda reunir, al menos, cuatrocientos al mes? Si me confirma eso, podría congelar el monto de sus intereses durante algunos meses... Así, podría nivelarse y evitar que su deuda se extienda demasiado en el tiempo.

—Tendré que vender otras cosas además de artículos de limpieza. Podría preparar postres quizás. ¿Se da cuenta de todo lo que una tiene que sufrir por esos malditos que no se hacen cargo de sus hijos?

«Lo sé», pensó Isabel.

—Le agradezco, señora, por su confirmación —dijo Isabel elevando nuevamente el tono de voz—. Estoy segura de que, cuando les presente su caso, mis supervisores le brindarán la mayor facilidad posible para que vaya cancelando esta deuda. En un momento se comunicarán con usted del área de Refinanciamiento para informarle sobre su nuevo cronograma de pagos. Ha sido un gusto poder comunicarme con usted. Le deseo un buen día —añadió, siguiendo con el protocolo, y, sin esperar respuesta, colgó.

Isabel se percató de que su jefe se encontraba detrás de ella. Le sonrió y la felicitó. Había logrado que una morosa cumpliera con sus obligaciones de pago. Leyó el carnet con los datos de su trabajadora y volteó la mirada hacia el resto de telefonistas: «Señores, así debemos trabajar. Pongámonos la camiseta como nuestra compañera Isabel y platita nunca nos faltará».

Ella le devolvió la sonrisa entre el aplauso apático de sus colegas y se puso de pie para ir al baño. «Anda, anda, pero no te demores porque hay más dinero que ganar», comentó el jefe asegurándose de que todos lo escucharan.

Sin encender la luz, lloró en esa pequeña habitación. Estaba agotada. Pensó en Sebastián. Ojalá que sus abuelos le tuvieran paciencia, sobre todo porque estaba enfermo. Al secarse las lágrimas, recordó los pañales y el jarabe para la gripe. También recordó los cuatrocientos soles. No podía demorar más de tres minutos en llorar. Al jefe le enojaba mucho que perdieran tiempo en el baño. Reconstruyó su alma como pudo, botó el papel empapado en tristeza y regresó a su computadora.

—Buenas tardes, ¿me comunico con el señor Nicolás Páez?

—Sí, ¿quién habla?

—Lo saluda Isabel Chávez, asesora del área de Cobranzas del banco La Solución. La razón de mi llamada es porque, a la fecha, usted registra el adeudo de un monto de...



CODEPENDENCIA

Rodrigo Mengoni

«No sé qué haría sin ti», te indica Percy, con dulzura, mientras entran al supermercado. Como de costumbre, te toma con fuerza por detrás del cuello con una mano, sientes el sudor de su palma al contacto. No tienes control sobre sus acciones ni sobre las tuyas. Pasean acompañándose el uno al otro, él te da un beso de vez en cuando, tú no te resistes. Notas cómo una mujer llama su atención. Él la mira con deseo y sin disimulo, a pesar de las palabras bonitas que acaba de decirte y del contacto físico que tiene contigo a la vista de todos. En silencio, sientes celos ante la mirada lasciva de Percy.

«Ya me perdí de nuevo, me distraes siempre que salgo contigo, cariño», te dice sonriéndote, al pasar por quinta vez por el mismo pasillo, culpándote de sus errores como siempre que te lleva con él. Pasean lentamente, él trastabilla cada pocos pasos, pero no suelta tu cuello, incluso cuando está a punto de caer.

Percy coge un carrito sin perder el contacto contigo, más para mantener el equilibrio que

para llevar muchas cosas. Tú mantienes tu silencio habitual y te dejas llevar. Te da otro beso, cada uno más apasionado que el anterior, y te viertes en él sin poder controlarte. Una mujer le ofrece una muestra de algún producto comestible, él lo toma y te ignora mientras se detiene a hablar con ella, coqueteando.

Por un momento te suelta. Te sientes extremadamente sola a pesar de que está a tu lado, mientras compara un par de botellas y coloca una en el carrito. La botella te preocupa, te da miedo, pero no haces nada al respecto. Por mucho que lo niegues, conoces sus hábitos y eliges callar. Te da otro beso, te sientes más vacía al mismo tiempo que remueve todo dentro de ti.

Percy te guía con la mano, pasean torpe y lentamente por todo el supermercado sin rumbo fijo. Tú solo quieres salir de ahí con él y volver a su departamento para que siga concentrado solamente en ti, como cada vez que están solos. «Creo que con eso estamos», te comenta mientras mira con lascivia a otra mujer, relamiéndose los labios como lo hacía cuando te vio por primera vez. Quieres decirle algo, llamar su atención, pero no dices nada.

Te arrastra hasta la caja, dándote un beso más torpe que el último. «Solo llevaré esto», le indica a la cajera. Ella lo saluda de mala gana y mira con cierto reproche cómo te toma del cuello. Te preguntas por qué siempre tienen todos esa reacción cuando salen juntos, pero no lo comentas. «Pago con tarjeta», indica Percy con un guiño, dándole además un papel con su número de teléfono garabateado en tinta azul. La mujer ejecuta el pago, hace una bola con el

papel y lo tira a la basura, para tu alivio. Percy toma esto como un insulto y su mirada hacia la mujer cambia tan rápido como te cambiaría si decidiera hacerlo. Sin él no eres nada, esperas que eso no pase jamás, así te sientas más hueca con cada beso que te planta. Él toma la bolsa con una mano, te lleva con la otra y emprende su camino sin dar las gracias a la cajera, quien solo les regala otra mirada de rechazo.

«Vámonos a casa», te indica Percy. Te sostiene del cuello con fuerza para evitar que te caigas y te rompas en pedazos. «¿No le da vergüenza hacer eso en público?», le pregunta una anciana al momento que se acercan a la salida. «¿A ti qué te importa, vieja?», responde casi ininteligiblemente Percy, sacudiéndote aun más frente a la mujer, totalmente desvergonzado. Ella resopla y sigue su camino, pero el guardia de la entrada se acerca rápidamente a ustedes cuando te besa de nuevo.

«Está prohibido, señor», indica con mal humor, señalándote. Cierta indignación te atraviesa, pero Percy te pone de cabeza y te muestra al hombre: «Tranquilo, hermano, está vacía», responde sonriente, con palabras apenas entendibles. Se acerca al bote de basura más cercano y te lanza sin cuidado. Al contacto, te rompes. Percy nunca más volverá a pensar en ti: lleva otra botella de ron en la bolsa.



NACE UNA ESTRELLA

Ronald Taza

Un hombre ajustaba su gorra, de forma casi mecánica, para cubrir su ojo morado, en el último vagón del tren subterráneo que se desplazaba traqueteando suavemente esa noche. Desviaba la mirada hacia el túnel, tratando de ignorar la figura llamativa que se sentaba frente a él. Solo en el reflejo de las ventanas, sus ojos se atrevían a escanearla discretamente, como si intentara memorizar cada detalle sin ser descubierto.

—Te golpearon fuerte, ¿eh? —preguntó ella con voz suave y segura, cruzando las piernas y sacando un pequeño espejo de su bolso. Sus movimientos eran fluidos y calculados, como si cada acción estuviera coreografiada para captar su atención.

El hombre resopló y, con la mirada fija en el túnel, dijo:

—No hablo con maricones.

—¡Ja! ¿Y qué haces en el último vagón, entonces? Pasa aquí, pasa en el metro de Nueva York, en el de Londres, en el de París, en el de todas partes. Este vagón nos per-te-ne-ce. Y todos en la ciudad lo saben.

—¿Este es el vagón de los travestis y payasos?
 —No soy un travesti, menos un payaso. Soy una *drag queen* y hago shows en la mejor discoteca de Ciudad Baja.
 —A mí qué me importa el título que te quieras dar. Mariquita es lo que eres.
 —Supongo que le diste una paliza al que te dejó el ojo morado, porque si no el mariquita sería otro —respondió con una sonrisa irónica.
 —No te quieras pasar de pendejo, lo de mi ojo no es asunto tuyo.
 —Quizá no —respondió, sacando un set de maquillaje—. Pero te puedo ayudar a cubrirlo.
 —Vete a la mierda y déjame descansar.
 —Como quieras, *daddy*.
 —¿¿Qué carajo dijiste?!
 —No digo más, no te molestes —dijo, quitándose el maquillaje del rostro con un paño húmedo—. Tan guapo y renegón.
 —¿¿Sigues?! Una más y te voy a dar una verdadera razón para tarrajearte la cara.
 —Estoy can-tan-do, no hablo contigo —respondió, para luego fingir cantar—: «Tan guapo y renegón es mi marido, que seguro tiene encogido... el corazón».
 Mientras se desmaquillaba, sus movimientos eran meticulosos, casi ceremoniales.
 El hombre jadeó, aguantando la risa. Luego se cubrió el rostro con la gorra y fingió dormir. En realidad, observaba el trajín que hacía la *drag queen* para terminar de desmaquillarse, quitarse la ropa y ponerse un traje de oficina. Llamó su atención su cuerpo delgado y fibroso; su rostro masculino y agraciado. Lo vio colocar la peluca, el traje de lentejuelas y otros accesorios en una pequeña maleta.

—No disimules. Sé que mirabas mientras me cambiaba.
 El hombre fingió despertar.
 —¿Qué pasa? ¿Quién eres? —preguntó, moviendo la cabeza como buscando a alguien—. ¿Y la marica? ¿A dónde se fue?
 —Pues «la marica» se convirtió en el príncipe que ves —respondió, engrosando la voz.
 —Así te ves mejor, como un hombre.
 —¿Te gusto más así?
 —Veo que la mariconada no se te quitó.
 Se contemplaron en silencio por unos segundos, como si se vieran por primera vez.
 —Te bajó un poco la hinchazón del ojo, pero sigue morado.
 —Me caí en la chamba —dijo el hombre, cubriendo con una de sus manos la parte golpeada.
 —¿En qué trabajas?
 —En construcción... Tú seguro eres abogado o algo así.
 —Trabajo en una empresa de seguros.
 —¿Y por qué te vistes de mujer?
 ¿Necesitas plata?
 —No me visto de mujer, soy una *drag queen*, y no, no necesito dinero. Lo hago porque me gusta.
 Se miraron de reojo por unos segundos. Luego, el hombre fingió girarse hacia la ventana del tren, solo para volverse de nuevo hacia el tipo de terno, con interés.
 —¿Es verdad que me puedes disimular el morado del ojo?
 —¿Por supuesto, *darling*! Si puedo tapar la sombra de la barba de mi mentón después de las cinco, puedo desaparecer esa pequeñez.

El tipo de terno cogió su bolso, extrajo un set de maquillaje y se acercó al hombre sin previo aviso. Este frunció el ceño, observando con recelo las manos hábiles que desplegaban pinceles y polvos.

—¿Quién te golpeó?

—Ya te dije que me caí en la chamba.

—Conozco bien cuando es una caída y cuando es un puñetazo, ¡bien que conozco de golpes! Todos tenemos heridas que ocultar, querido —dijo, mientras le aplicaba una base ligera con los dedos sobre el contorno del ojo morado—. Y a veces necesitamos un poco de ayuda —agregó a la vez que sacaba un espejo de su bolso.

—¡¿Qué milagro has hecho?!

—No es milagro, es habilidad.

El hombre no podía ocultar su asombro al ver que el morado de su ojo había desaparecido por completo.

—Disculpa por haberte llamado marica.

—Me han dicho cosas peores. Supongo que a ti también.

El hombre permaneció en silencio.

—Te ves lindo sin el ojo morado, aunque con él también te veías lindo, ¡rudo!

—Gracias...

—Pero sin esa gorra fea te verías mucho mejor.

El hombre, lentamente, se quitó la gorra. Lo hizo con una timidez que no parecía venir del miedo.

—Mucho mejor.

—Tú también te veías bien con tu traje de... ¿queens?

—*Drag queen*.

—Eso.

—Tú también te verías bien con mi traje.

—Yo no me visto de mujer.

—¡*Drag queen*! —El tipo de terno abrió su maleta. Sacó una peluca y se la alcanzó.

—Ya te dije que yo no hago eso.

—Es solo una peluca. No pasa nada. Aquí estamos solos tú y yo, nadie te verá. Además, estamos en el último vagón.

El hombre se puso la peluca sin mayor cuidado, con los mechones desordenados, lo que le daba un aspecto gracioso. El tipo de terno sonrió al verlo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué haces?

Se acercó y, con suavidad, le ajustó la peluca hasta dejarla bien colocada.

—¡Wow! Ahora te ves muy bien.

El hombre se volteó hacia la ventana para ver su reflejo. Permaneció así por unos segundos, hasta que el tren salió del subterráneo hacia la superficie.

—Mira el firmamento, hay muchas estrellas esta noche —dijo el hombre.

—Yo veo una que acaba de nacer.



IMPAR

Mary Bustinza

El matrimonio Valdivia Rosales celebraba un aniversario más junto a sus dos niños pequeños cuando llegó Tara, la hija mayor de María. Felicitó a su madre y a su padrastro, y se disculpó por llegar tarde. En realidad, sus clases habían acabado hace horas y se había quedado en la universidad todo ese tiempo. No le gustaban las fiestas y odiaba, especialmente, todo lo relacionado con bodas. Sentía cariño por sus hermanos menores y, con los años, había aprendido a tolerar a su padrastro. Pero cuando se reunían los cinco, le era inevitable sentirse como la pieza sobrante de un rompecabezas, como un número impar. De todas formas, se sentó a cenar con ellos y siguió sin mucho interés las conversaciones de siempre: las buenas notas de sus hermanos, los logros en el trabajo de ambos y que, después de muchos años, el hermano mayor de su padrastro había llamado para felicitarlos.

Al día siguiente, Tara despertó adolorida; la mano derecha le quemaba. Era la primera vez que sentía algo así, y justo cuando estaba

pasando, un violento calambre, como una corriente eléctrica, la estremeció. Se asustó tanto que estuvo a punto de llamar a gritos a su madre, como cuando era niña y tenía pesadillas, pero el dolor se disolvió y solo quedó un extraño adormecimiento.

El resto del día transcurrió como de costumbre. Salió temprano hacia el taller de la universidad y estuvo más tiempo con óleos, pinceles y papeles que con otras personas. El olor a *thinner* y a pintura seca le daba una sensación de seguridad. Le preocupaba no volver a encontrar otro refugio así luego de acabar el último semestre, pero al mismo tiempo tenía muchas ganas de irse: irse del taller, de su casa, del país. Volvió a sentir esa súbita corriente en la mano y decidió que sacaría una cita médica si el dolor continuaba luego de sus entregas.

Tres días después, el dolor era insoportable. No tuvo más remedio que contarle a su mamá, quien la acompañó al hospital. La relación entre Tara y su madre era distante, pero amable. A la edad de Tara, María ya había pasado por un parto, depresión posparto y un divorcio. Su segundo matrimonio fue, como ella decía, «el verdadero». Tara llegó a notar, a lo largo de los años, que la experiencia de maternidad con sus hijos menores fue también muy distinta. Tenía nueve años cuando su mamá volvió a casarse. En la boda, no quiso llevar la cola del vestido de novia ni bailar con el novio y estuvo escondida en el baño durante casi toda la fiesta. Ahora, en la sala de espera del hospital municipal, Tara sospechaba que su mamá preferiría estar en cualquier otro lugar y con cualquier otra persona antes que con ella.

El médico les dijo que se trataba de una inflamación en los tendones y una contractura muscular, muy común en estudiantes de arte. Le recetó medicamentos contra el dolor y le recomendó que evitara movimientos repetitivos con esa mano. En plena semana de exámenes, ambas sabían que esto sería inevitable. A pesar de ello, María intentó convencerla de que era mejor reposar un par de días, que con el certificado médico podrían solicitar más tiempo para entregar sus proyectos. Fue inútil. Tara regresó al taller tan pronto las pastillas disminuyeron el dolor.

Al finalizar la semana de parciales, Tara había logrado entregar todos sus proyectos, pero el costo fue alto. La inflamación empeoró a tal punto que una mañana despertó retorciéndose de dolor. Un violento chispazo de corriente saltaba del pulgar a la palma, de la palma a la muñeca y luego regresaba al pulgar. Esta vez fue sola al hospital, donde la rechazaron en emergencias. Un dolor de mano no era ni siquiera una urgencia. Tuvo que esperar toda la mañana; mientras, el dolor la obligaba a concentrarse en un pedazo de su cuerpo que nunca antes le había generado problemas. El médico le recetó lo mismo que el anterior: descanso y un analgésico que debía tomar por las noches. Al principio, la pastilla apagaba el fuego de su mano, pero le provocaba pesadillas sobre aquella época de su infancia. Tara despertaba irritable, con los ojos hinchados y sin hambre.

Antes de terminar el semestre, Tara se retiró de la mitad de los cursos: no soportaba la idea de que los profesores la aprobaran por lástima.

El dolor en la mano, al igual que las pesadillas, se había instalado en su rutina diaria. Aunque ya no era violento, seguía estorbando. Las terapias físicas mitigaban momentáneamente las molestias, pero tan pronto como le retiraban las compresas calientes, el dolor volvía a asomarse. Poco a poco, se fue sumergiendo en una oscuridad que la llenaba de ira y provocaba constantes peleas entre ella y su madre, ella y sus hermanos, ella y su padrastro.

Pasaba mucho tiempo en casa, sin pintar, sin dibujar, sin escribir, sin usar su mano. Una tarde, al regresar de su terapia física, encontró visitas en la sala. Saludó con un gesto seco a todos y se paralizó cuando vio al hermano mayor de su padrastro, cuando reconoció sus ojos. Casi en automático, sintió cómo el dolor de la mano era opacado por una presión en el pecho que le provocaba náuseas y dificultad para respirar. Corrió a su habitación y aseguró la puerta. Tomó una de las pastillas, deseando que también funcionara para ese tipo de dolor y esperó que el adormecimiento llegase rápido.

Esa noche soñó que sus manos sangraban y ella gritaba, pero nadie podía oírla.

El dolor empeoró. Ninguno de los exámenes de laboratorio ni las pruebas de diagnóstico daban señales de alguna enfermedad o condición que lo justificara. Así que el reumatólogo decidió derivarla a psiquiatría.

En la sala de espera, escuchó que la asistente del psiquiatra la llamaba, pero se quedó quieta, como si ella misma no reconociera su propio nombre. Los recuerdos de sus visitas a diversos consultorios psicológicos cuando era niña

la incomodaban tanto que no quiso volver a someterse a lo mismo. Las psicólogas infantiles intentaron identificar la causa del repentino desinterés de Tara por interactuar con otros niños, su rebeldía en el colegio y los episodios de terrores nocturnos. Fue entonces que empezó a pintar. Más de una vez, la especialista de turno intentó descifrar sus dibujos, pero era inútil. Su mente se había cerrado y sus recuerdos eran inaccesibles incluso para ella. Con la llegada de la adolescencia, su actitud evasiva y reservada pasó desapercibida. María se decía a sí misma que así eran los jóvenes, pero en el fondo sabía que algo le había ocurrido a su hija, algo que endureció su mirada y opacó su alegría. Se obligó a creer que fue su nuevo compromiso lo que tanto había molestado a Tara, pues su cambio de actitud casi coincidía con el día de su boda.

De regreso a casa, Tara pensó que quizá, solo quizá, el dolor se iría el día que ella se animara a contarle a su madre lo que pasó aquel día. Quizás así dejarían de aceptar las visitas de ese hombre. Pensó también que era ridículo hablar después de tantos años, que lo más probable era que su madre no le creyera porque, tal como le advirtió ese hombre antes de volver a la fiesta, «a la pequeña Tara ya nadie le va a hacer caso, nadie le va a creer». Entonces, volvió a sentirse como una niña sola y asustada; pero pensó que, si había podido seguir adelante después de eso, podría aprender a usar la mano izquierda y volver a pintar.



EL PUENTE INCONEXO

Geoffrey Cannock

Apenas desperté, el uniformado médico-policía, o quizás más bien el policía-médico, me preguntó:

—¿Cuál es su nombre y número de DNI?

—Ricardo Mejía Coronado. Mi DNI es 98028812. ¿Y usted, jefe, es...?

—Doctor está bien. Soy asimilado a la policía nacional. Cuénteme un poco sobre usted.

—Doctor, le puedo jurar, lo que contaré, aunque parezca increíble, es absolutamente cierto.

—Adelante.

Recuerdo que, cuando apenas era un bebé, Carola me buscaba entre seis y ocho veces al día exactamente de la misma manera. Pero una vez cambió. Me dio tanta cólera cómo lo hizo que me estremecí, pataleé, lloré a morir hasta quedarme

sin respiración. Carola me hablaba, hacía muecas con su boca, moviendo sus brazos; pero no la entendía. A la semana, volvió a cambiar la manera en que se me acercó y nuevamente tuve una pataleta feroz. Y así un par de veces más, hasta que dejó de hacerlo. La escuché decirle a una tía: «Si me acerco a la cuna por el lado izquierdo, me hace un escándalo horrible. Solo lo atiendo por el derecho».

Cuando tenía alrededor de tres años, me llamó la atención una ventana en mi dormitorio que daba hacia el mar. Coloqué un taburete y me senté en el marco de la ventana. Pude ver un puente de concreto, con una forma parabólica invertida, que unía dos colinas de la quebrada en mi distrito. El puente se soportaba en enormes anclajes en cada colina. Su longitud era de ciento cincuenta y cinco metros con veinticinco centímetros. Sus ángulos agudos y sus cuerdas de metal permitían que los vehículos transitaran en perfecta armonía. Estaba maravillado. El municipio había instalado un parque en una de las colinas. Lo llamaron el Parque del Amor, pues muchos novios se sentaban y besaban con la puesta del sol.

Escuché entonces unos gritos que venían desde el primer piso. Una señora espantada me rogaba que saliera de allí. Otra señora se ubicaba exactamente debajo de mí con los brazos abiertos. Yo seguía contemplando el puente cuando Carola me cargó por la espalda y me abrazó llorando. No sabía por qué. En esa época, descubrí también que me gustaba mucho sentarme en el sillón para reclinarme constantemente hacia adelante y hacia atrás

golpeándome suavemente la cabeza contra uno de los cojines.

Carola le había ordenado a mi hermana mayor que jugara conmigo. A ella se le ocurrió jugar a ser la maestra. Trató de enseñarme a leer antes de que asistiera a la escuela con *Coquito*. Logré aprender a pronunciar las sílabas y a leer mis primeras palabras. Pero, cuando Carola se enteró, le prohibió terminantemente que me siguiera enseñando, pues podía hacerme daño. Nunca entendí por qué. Pero la prohibición llegó tarde y empecé a leer todo lo que podía: cuentos infantiles, diarios, hasta revistas que se usaban para envolver paquetes o para pegar en paredes recién pintadas.

Ya en la escuela, todos los alumnos teníamos un espacio cuadrado de treinta por treinta centímetros para ordenarnos por filas de cada salón. En los recreos, prefería quedarme paradito en ese cuadrado para repasar las lecciones. Me encantaban las matemáticas, sobre todo la teoría de conjuntos. Jugaba a construir conjuntos de todo tipo de cosas, especialmente las relacionadas con el puente: los remaches, los tipos de vehículos, las cuerdas y los tubos. Logré ser el mejor alumno por la ventaja que ya tenía de haber leído muchísimo y por mi talento con los números. Sin embargo, Carola y la maestra no querían que fuera un buen alumno; parecía, más bien, que esperaban que me portara mal como mis compañeros.

En secundaria, descubrí el rock. La sensación de moverme en el sillón o permanecer echado en la cama se volvió fantástica cuando combiné esos movimientos con la música a todo volumen

en los auriculares. Pasaba dos o tres horas diarias imaginando escenas y me sentía feliz. Soñaba despierto.

En casa me entretenía observando las incidencias del puente. Con los años, se había vuelto muy popular. El tráfico de coches subió tanto que se formaban colas en las horas punta para poder pasar. El municipio se vio obligado a construir otro carril. No solo los coches lo usaban, sino también muchachos que lo recorrían en bicicletas o patines. Otros hacían *puenting*. Calculaba la altura desde donde ellos se lanzaban y la aceleración que alcanzaban hasta que la cuerda los detenía justo antes de que se estrellaran contra el suelo. Claro que hubo varios que se mataron por no haber calculado correctamente la longitud o por no haberse sujetado bien. Imagino que ese era el atractivo. Si nadie se matara, no se podría apreciar.

También fue popular para muchos suicidas; especialmente para los románticos rechazados por sus parejas o para los que sufrían líos familiares, según reportaban los diarios. Descubrí, con mis binoculares, que, antes de tirarse al vacío desde el puente, varios de los suicidas visitaban el vecino Parque del Amor. Logré seguir la ruta de varios de ellos. Me fijaba cómo, poco a poco, se iban animando a tomar la decisión. Se trepaban por las cuerdas, se colocaban en el borde del puente y se lanzaban al vacío. Algunos se persignaban, otros gritaban, otros emulaban a un superhéroe. Otros vacilaban y se arrepentían. Empecé a preparar estadísticas sobre los suicidas para poder entenderlos. En los últimos años, llegué a filmar a algunos desde

el punto de lanzamiento hasta que reventaban como tomates en el suelo. No pensé necesario alertar a la policía para que interviniera. Para mí, los suicidas eran parte de un conjunto de objetos más del puente.

Ayer entendí. Entendí que nadie nunca me entendería. Por más que Carola, mi maestra y mi hermana se esforzaran para que leyera las intenciones y los sentimientos de mis compañeros, yo no lo hacía. No sé cómo hacerlo. No entiendo sus sonrisas, gritos y expresiones. Yo solo leo cosas escritas. No puedo cruzar los puentes hacia otros.

Carola me había retirado de la escuela para que no se burlaran más de mí. Yo me quedaba a veces dormido con la cabeza encima de la carpeta por la risperidona y el Loco Mayorga me tiraba cocachos o me pellizcaba las orejas. Los chicos me hacían el callejón oscuro o me ponían en medio de una ronda, riéndose de mí.

Quería unirme al conjunto de suicidas. Ayer me decidí y caminé hacia el puente. Cuando llegué, me sorprendió encontrar que el alcalde acababa de colocar una estructura de fibra de vidrio de tres metros que impedía acceder al borde del puente. Era para ahuyentar a los suicidas. Me pareció torpe porque igual se matarían de otra manera. Me dio mucha cólera. Era una intromisión mayúscula sobre la libertad de uno de suicidarse como quisiera. Pero yo soy el que más conoce del puente y noté que no habían cubierto uno de sus ángulos agudos, que es como una rendija. Desde allí podía saltar.

Caminé hasta ahí y miré hacia abajo sin sentir ningún miedo. Calculé que tardaría entre

cuatro y cinco segundos en llegar al suelo. Cuando estaba por saltar, me abracé a un tubo de la estructura de metal. No puedo explicar por qué lo hice. Me quedé así hasta que los policías llegaron y me rescataron. A lo mejor estuve esperando que mi madre me extrajera, como lo hizo del balcón.

—Esa es mi historia, doctor. Quizás lo mejor hubiera sido que me dejaran allá arriba, ¿no le parece?



LO NECESARIO

Tirso Causillas

El muchacho se va por las mañanas. Regresa con el almuerzo en una bolsa. Se va. Regresa con la cena en una bolsa. Se va. Fuma. Fuma. Fuma. Le pido una pitada y se molesta. ¿Quién lo entiende? Yo sé que no estoy en mi mejor momento. Pero uno se acostumbra al desconcierto. Al olvido. A que la columna esté calcificada, a moverse lentamente y a pensar a trompicones. A ser como ese personaje que le gustaba tanto al muchacho. Ese personaje. Un policía robot. Qué imbecilidades crean los gringos. Ideología neoliberal: reemplazar los trabajos de servicios por robots para no tener que pagarle al obrero, para no tener que pagar beneficios sociales. Odio a los yanquis por bombardear la Unión Soviética y apoyar a los chinos del APRA para que el mercado de papayas se vuelva subsidiario del Estado Islámico y así poder dominar el mundo con sus aviones suicidas y sus variopintos barcos con calaveras y hacerle la vaina esa de la Bahía de Cochinos a los houyhnhnms. Caballos maravillosos, sin hambre, sin guerra, sin

mentiras. Caballos comunistas. Qué hermoso el país de los houyhnhnms, quisiera volver alguna vez. Pero no se puede. No me acuerdo cómo.

El muchacho no está. Este cuartito apesta. Fuma mucho. Me preocupa. Bajo su cama hay cuatrocientas setenta y cinco cajetillas de Pall Mall azul. Terminé de contarlas la semana pasada. O ayer. No sé. Uno se acostumbra a olvidar. Uno se adapta. Uno busca, lleno de esperanzas, los caminos que los sueños prometieron a sus ansias. Sabe que la lucha es cruel y es mucha pero lucha y se embarra por la fe que lo empecina. Uno va arrastrándose entre espinas en afán de dar su amor, uno se desangra hasta entender que uno se ha quedado sin corazón. Preso en un cuartito sin ventanas que apesta a mierda. ¿A mi mierda? No, aquí también está la mierda del muchacho. Si yo tuviera un corazón.

¿Qué estupidez estoy cantando? Yo tengo un corazón. Se llama. Se llamaba. No seas imbécil, viejo. Mejor no llamar al diablo. Cuando el olvido se hace presente mejor no pujar. Es que tenemos muchas palabras en nuestro idioma. ¿Cómo acordarse de todas? Los houyhnhnms, en cambio, tienen la cantidad necesaria. ¡Qué hermosa palabra! ¡Qué necesaria! Por eso los houyhnhnms nos superan tanto en lo que a comunismo se refiere. Estos hermosos caballos no tienen idea de lo que significa una opinión. Pocas palabras y un alma únicamente guiada por la razón. Nada de la razón torcida por inclinaciones individualistas. Nada de opiniones diversas. Nada de sujeto barrado, dividido. Caballos sin pasiones desviadas. Caballos heterosexuales, bellos caballos musculosos,

bellos caballos sabios, bellos caballos bien dotados. Necesarios. Uno no puede evitar sentir amor por los houyhnhnms. Cómo quisiera volver a verlos antes de morir. Pero no se puede. No recuerdo cómo llegar.

¿Dónde está el muchacho? Quizá él pueda ayudarme a recordar. Es un bello jovencito de mirada sabia y triste. Tendrá dieciocho años, a lo mucho veinte. Muy chistoso. Muy amable. Muy parecido a mi hijo ¿Miguel? ¿José? ¿Pedro? ¿Raúl? ¿Franklin? ¿Guillermo? ¿Alberto? ¿Juan? ¿Álvaro? ¿Rigoberto? ¿Napoleón? ¿Federico? ¡Demasiado desorden! Viejo de mierda, organízate. Respiro. ¿Álvaro? ¿Antonio? ¿Abelardo? ¿Alcibíades? ¿Adrián? ¿Agustín? ¿Alan? No. Alan no. ¿Bruno? ¿Baltazar? ¿Bryan? ¿Benjamín? ¿Camilo? ¿Carlos? ¿César? ¿Dante? ¿Diego? ¿Federico? ¿Gustavo? ¿Humberto? ¿Iván? ¿Julián? ¿Kaori? ¿Luis? ¿Manuel? ¿Nicolás? ¿Eñe? ¿Óscar? ¿Pedro? ¿Rafael? ¿Socorro? ¿Tirso? ¿Ulises? ¿Volkswagen? Nunca tuve uno, no me gustan los alemanes. Ni los judíos. Ni los gringos. ¡Salvador! Así se llama el muchacho que me da de comer y, a veces, me limpia. En honor a mi querido Allende, asesinado por la CIA. Gringos hijos de puta que me metieron en este cuartito y me fueron cercando, degradando, poco a poco desde la USAID y desde la universidad. Malditos muchachos con maestrías en el extranjero y contactos en las ONG. ¿Qué tiene que ver todo esto con RoboCop? No sé. La paso bien. El muchacho siempre regresa con el almuerzo en una bolsa. Siempre comida criolla, siempre frejoles. Me gusta esa estabilidad. También me

gusta la estabilidad de la moneda. No estoy loco. Viejo, mejor no hables tanto. Mejor espera a... mejor espera al... al muchacho que se parece tanto a mi hijo. Pobre. Cuidar a un viejo loco. ¡Qué trabajo de mierda! ¿Será por eso que fuma tanto? Hay muchas cajetillas. Eso debe ser síntoma de algo.

Una, dos, tres, cinco, seis, siete, ocho, diez, once, doce, quince, veinte, cuatro, ocho, nueve. Au. Ahhh. Aysh. Uuuu uu. ¡Ay! Au, au au, au. ayayayayaYAY. Aprieto. ¡Aprieto! Ahh. Ay. No, no, nonono. Aprieto las piernas con fuerza. Duro. No quiero que se salga. Ay. Espalda calcificada y la cadera de metal. Aprieto y me duele. Mis músculos se lastiman por mi cadera de metal, viejo. Puta madre. Ay. Se sale. Se sale. Calientito y ardiente. Casi como pichi. Pero es caca. Cacapichi. Cacapotopichi. No te rías. No te rías, viejo de mierda. Cacapotopichi. Qué chistoso. Ayayay. Se salió. Mierda. Bueno, mejor soltar. Relajar. Hace calor y mis entrañas son fresquitas. Huelen a frejoles. Los placeres humanos desviados son los placeres del ano. Y, sin embargo, aquí estoy: viejo, loco, cagado y disfrutando de mi ano relajado y del torrente de diarrea que empapa mis pantalones e inunda el cuartito sin ventanas de olores variopintos. Desviado. Maricón. Setenta y cinco años luchando contra las pasiones desviadas. Setenta y cinco años admirado por esos caballos que vi cuando era joven y mi barco naufragó, muchos años después de mi visita a las tierras de la gente pequeña en donde dejé un cerro de caca dura y consistente. ¿O a lo mejor lo leí? Es chistoso vivir en el desconcierto. A veces, uno

no sabe dónde está. Hasta parezco loco y me hablo a mí mismo y me digo «viejo, no hagas esto, viejo». «Recuerda el otro, viejo». «Cuenta cosas, viejo». «Vamos a dormir, viejo». Así me dice el muchacho: «Viejo». ¿Dónde estará? ¿A qué hora regresará?

De repente, se me comprime el pecho y lloro.

Respiro profundamente, el muchacho es mi hijo. Miro a la derecha y veo, en la esquina de la habitación, siete pantalones hechos mierda en bolsas. Debajo de su cama hay cuatrocientas setenta y cinco cajetillas de Pall Mall azul. ¿Qué he hecho? ¿Cómo llegamos aquí? ¿Dónde está Marissa? Ay, viejo. Todo está claro ahora. El muchacho es mi hijo y yo soy como mi madre. Me he enfermado. Recuerdo lo necesario con horror. Por obra y gracia de Jesucristo tengo un instante de lucidez y busco en el cuarto algo, un cuchillo, unas pastillas, algo, una cocina, algo. Nada. Salgo. Respiro agitadamente. Qué horror, Tirsito, qué horror. Esta no es la primera vez, ya he tenido relámpagos de lucidez, ya decidí qué es necesario. Busco algo, un balcón, una caída. Nada. Esto ya ha pasado antes. Toco las puertas de los otros cuartitos horribles. Pobre Tirsito. Este no era el plan. Papi, los *déjà vu* son fallas en la matrix. ¿Dónde está Marissa? ¿Cuánto tiempo ha pasado? Salgo a la calle. Corro todo lo que puedo hacia un auto que se detiene. No era necesario detenerse, imbécil. Me mira con ojos chinos. ¡¿No ha visto a un viejo cagado nunca antes?! ¿No le enseñaron nada en el partido comunista? ¿Qué hace acá? ¡¿Dónde está Marissa?! Arranca pero me esquivo. Trato de correr. Una avenida. Necesito autos a alta

velocidad. Rápido, rápido, lo recuerdo todo: *Matrix* se estrenó en 1999 y Tirsito no paró de hablar de la película por años. Papi, Neo es una anomalía revolucionaria. Era un niño que repetía mis palabras, que entendía a medias, un loro a medias. Papi, *RoboCop* es una metáfora del capitalismo salvaje, ¡hasta hay comerciales en la película! Hijito, ¡qué carga de mierda soy ahora! ¿Dónde está la avenida? Derecha. La gente me mira. Este cuerpo que tengo me duele y apesta.

Viejo, un cigarro de vez en cuando no me hace nada. Cuando te pones así, pareces RoboCop disparándole al señor por fumar en la calle. Ese era un RoboCop sin sentimientos porque le habían borrado su parte humana. Era RoboCop pura ley, viejito. No seas RoboCop zombi, pe'. Es ridículo. Por un cigarrito al día con mis patas no pasa nada. Y tenía dieciséis años el muchacho insolente. Rebelde, mentiroso y charlatán. Pero esto. Esto es demasiado, hijito. Necesito una avenida con carros a gran velocidad, una caída, una pistola, algo.

Finalmente, la avenida Brasil. Es necesaria la cautela. Tengo un secreto. Voy a hacer algo que es ilegal. A lo lejos, un policía de tránsito. Cómo lo odio. Cómo lo envidio. Yo sabía cómo hacer eso, viejo. Sabía cómo tener y sostener un trabajo. Ahora no sé cómo. No sé qué tengo que hacer, con quién tengo que hablar, viejo. No soy idiota. Sé que a ese tombo lo han formado. Y que a mí me han formado para otra cosa. No soy un policía. Tengo un título universitario en algo. No soy un simplón. Fui a la universidad. Fui parte de la juventud comunista argentina. Fui esposo de Marissa. ¿Dónde está? Qué

mierda de película es *RoboCop*. Sueños mojados e ideológicos de los gringos: reemplazar a los trabajadores por robots para no tener obreros. Y sin obreros, no hay revolución. Y sin campesinos, menos. RoboCampesinos. Y nos jodimos todos. Yo tenía que hacer algo importante. Se me comprime el pecho. Era muy importante. ¡Caracho, viejo! ¡Piensa! Supongo que tenía que ver con campesinos. Pero aquí no hay. Puro carro a gran velocidad. De repente, si camino lo necesario me encuentro alguno y le cuento de Mao y le cuento eso de lo del campo a la ciudad y de los houyhnhnms, esos hermosos caballos heterosexuales, musculosos, sabios, bien dotados. Necesarios.



ENCARNACIÓN

Álvaro Sialer Cuevas

Cuando el cuerpo del condenado dejó de balancearse en la horca y los perros acabaron de comer las vísceras que se le cayeron del tajo que le abrió el verdugo mientras sus ayudantes lo sostenían vivo en el aire, el único espectador que quedaba al centro de la Plaza de Trujillo era el pequeño Andrés de la Encarnación Sialer. Nunca antes había visto a alguien morir ni mucho menos había imaginado que las personas pudieran ser vaciadas y descuartizadas, como le pasaba a este cadáver que los verdugos descolgaban y macheteaban para luego colocar su cabeza y miembros en las puertas de Trujillo. Encarnación sí sabía que podía vaciarse y descuartizarse a las vacas y los cerdos, pues él mismo ayudaba a su papá y a don García a hacerlo en su puesto del mercado en la plazuela de la parroquia de Santa Ana, por la Puerta de Mansiche, pero ¿con las personas? ¿Las personas no eran acaso personas? ¿Por qué entonces se les podía abrir? Encarnación descubrió, con asombro y sin asco, que dentro de nosotros se esconde el mismo

color encendido que surge en el vientre del ganado cuando se le abre para vender. Intestinos, estómago, corazón, pulmones, todo lo que hay dentro de los animales lo tienen también las personas, y, como los animales, todo esto podía surgir de alguien que antes hablaba, suplicaba, balbuceaba. ¿Somos animales? Encarnación no lo sabía. El sonido seco de las hachas y los machetes desmembrando al reo en el piso lo sacó de sus pensamientos.

—¡Campeón! Ven para acá, que tu madre va a preocuparse —le llamó don García desde la esquina de la Catedral.

Ha amanecido. Es domingo y Encarnación debe ayudar en la carnicería. Su padre le enseña el oficio desde hace un año y Encarnación lo está aprendiendo muy bien. Es cuidadoso, demasiado para su edad. A sus seis años, es capaz de hacer cortes limpios y manipular los órganos con precisión. Sabe cortar y vaciar a las vacas muertas. A veces, su padre lo pone a prueba. «A ver, saca el hígado con un corte cerrado y metiendo la mano», le dice. «A ver, saca el intestino y enróllalo en una espiral mientras lo sacas», le ordena. Encarnación casi siempre lo sorprende. Pero hoy está distraído. Ahora está interesado en el interior de las personas. Quiere saber qué hay dentro de cada uno de nosotros.

—¡Encarnación, vamos a los títeres! —lo llaman sus amigos Pedro y Ezequiel.

—¿Puedo ir, papá? —pregunta Encarnación.

—Déjalo, Atanasio —interviene la madre del niño—, déjalo hacer cosas de niños, aunque sea el domingo.

—Está bien —consiente el padre—, pero tienes que estar en la puerta de la iglesia al mediodía para entrar juntos a misa, ¿está claro?

—Sí, papá —agradece Encarnación y echa a correr hacia sus amigos.

—¡Espera! —lo detiene la madre—. ¡Qué barbaridad! Déjame limpiarte las manos y arreglarte... ¿Cómo te vas a presentar así a misa? —le dice mientras lo limpia con un paño humedecido y le acomoda la camisa de algodón.

En los títeres, Encarnación contempla un espectáculo oriental. Un sultán ha capturado y encerrado en la torre a la amiga de uno de sus oficiales, y este, convertido en enemigo acérrimo del sultán, vence con su espada a mil enemigos, logra escalar la torre, entrar por la ventana, matar al sultán y recuperar a su amiga, con quien vivirá feliz para siempre. ¿Cómo es eso de «para siempre»? piensa Encarnación. Ayer, en la plaza, una mujer dijo que qué bueno que un padre confesara a los reos antes de ajusticiarlos, porque, si no, arderían en el Infierno para siempre. ¿El siempre es siempre igual? Es decir, si uno está contento, ¿puede estar así todo el tiempo? Y si no se alcanza la felicidad, ¿es tristeza lo que se vive para siempre? ¿Cómo sabe uno que está en un momento de su vida que marcará el inicio de una eternidad de gozo o de condenación infernal? ¿Fue consciente de ese momento el oficial al blandir su espadita de madera ante el gordo sultán? ¿Lo supo acaso el

condenado de ayer al ver cómo se le caían los intestinos mientras los ayudantes del verdugo lo soltaban y lo dejaban pender de la soga? Encarnación no lo sabe. Su mente ya no está en los titeres. No puede abandonar la imagen de un cuerpo humano volviéndose pedazos, mientras intenta imaginar una forma de existencia durante un tiempo sin límites.

—Déjalo, a veces no escucha —dice Ezequiel con resignación.

—Claro que escucha —replica Pedro—, solo que imagina cosas; mira...

Pedro chasquea los dedos frente a la mirada de Encarnación y logra que su amigo lo vea.

—¡Encarnación! Que dice Ezequiel que vamos a jugar al sultán y al oficial enamorado, ¡vamos! —ordena Pedro.

—Vamos —acepta Encarnación.

—Pero tú vas a ser la novia del oficial —especifica Ezequiel—. ¡Yo seré el sultán más poderoso del Oriente, y Pedro, mi enemigo acérrimo!

—¿Por qué yo debo ser la novia? No es justo —se queja Encarnación—. Yo también quiero pelear, y también quiero...

—¡Contemplad al magnífico Solimán, sultán del Oriente, en su palacio de sedas de Arabia! —comienza a narrar Ezequiel, y señala a Encarnación—. He aquí que ante mí yace la bella Casilda, más bella que las mil y una perlas de un mar desconocido y furioso... Pero ¿qué ven mis ojos? —y mira a Pedro—. ¿Quién es aquel que osa penetrar en mis recintos con la mirada de relámpago y la espada afilada?

—¡Soy yo, el valiente Memedo! —dice Pedro

dando un paso al frente hacia su enemigo acérrimo—. Ha llegado tu fin, Solimán. Hoy terminan tus días de tirano y...

—¡Ven con tu espada desenvainada, bellaco! —lo interrumpe Ezequiel—. No eres rival para la grandeza del magnífico Solimán y sus ejércitos invencibles.

Mientras Pedro y Ezequiel juegan, Encarnación se retira sin ser notado. Deja atrás el sonido de las espadas de madera. Otra cosa resuena en su mente. Es el sonido de la carne y los huesos bajo el filo de un machete. Es el sonido de unos intestinos golpeando el suelo. Es el sonido de una voz inhumana que una soga enmudece. ¿Qué era ese sonido que escuchó ayer? ¿Qué dicen las personas cuando dejan de serlo?

Deambulando por la parte trasera de la plazuela, Encarnación ha llegado a la esquina de su casa. La carnicería aún tiene el tendal extendido sobre la mesa de cortar y Encarnación se refugia a su sombra. Aún no es primavera, pero el sol ya calienta las tardes. De pronto, escucha algo. Sí. Es el perro que viene a menudo a comer lo que encuentra en los alrededores de la carnicería de su padre, tal como está haciendo ahora bajo la mesa de cortar. A veces, don García le da a ese perro porciones buenas de carne, pero en secreto, para que Ana no se entere. Ella cuida celosamente el negocio de su esposo y no le gusta para nada que don García desperdicie carne que podría aportar a la familia algunos buenos reales. A la señora Ana no le gustan las libertades que se toma don García, más aún considerando que ellos tienen a bien permitirle vivir en un pequeño cuarto en la parte trasera de

la casa. Su esposo la suele calmar diciéndole que don García es un hábil carnicero y la convence de que no es de cristianos abandonar a su suerte a alguien en necesidad.

Encarnación toma un buen trozo de lomo y, agachándose, se lo muestra al perro bajo la mesa. Este se acerca a olfatear. Encarnación retrocede y retrocede, hasta llegar a una esquina, aún bajo el cobijo de la extensa mesa de cortar. Deja la carne en el suelo y el perro se dirige a ella, empieza a morderla, a tragarla. Encarnación se alza y mira en derredor. No hay nadie cerca. Mira la cajonera que su padre tiene frente a la mesa de cortar y abre el primer cajón. Hay varios cuchillos y otras herramientas ahí. En el segundo, sacos doblados, paños, hilos. Encarnación elige una madeja de sogas, un cuchillo de hoja corta y ancha, y un gancho. Se agacha bajo la mesa: el perro sigue comiendo. Lo acaricia suavemente. Lentamente. El animal se deja acariciar y sigue comiendo, incluso ahora que Encarnación le ata una de las patas traseras, y luego la otra, y finalmente las dos delanteras. Voltea al perro y lo recuesta en el suelo como un bulto. El perro lo mira con una respiración silenciosa, pero agitada. Encarnación toma el cuchillo corto y ancho, y abre con pausada precisión la base del vientre del animal. Este empieza a gemir, pero Encarnación no se detiene: toma otro pedazo de carne y se lo acerca al hocico. El perro acepta el bocado, lo que le deja a Encarnación las manos libres para sacar con el gancho los intestinos y vísceras del animal, que ahora gime más fuerte, pero entrecortadamente, hasta que enmudece mientras Encarnación organiza un

montoncito con todo lo que ha extraído, ante la mirada atónita de Pedro, Ezequiel y don García, quienes vinieron buscando los últimos gemidos del perro.

Don García toma a Pedro y a Ezequiel por los hombros mientras se agacha hasta estar a su altura y les dice:

—Niños, vayan a casa. Y no digan una palabra de lo que han visto. Yo me encargaré de todo por aquí. ¿Han entendido?

Ezequiel se echa a correr llevándose a Pedro del brazo.

Es de noche. Deben de ser cerca de las once. Encarnación ha estado silencioso y distraído en la cena. Ana se ha preocupado. Atanasio supone que su hijo debe de haberse agotado jugando con los amigos y que ya se le pasará. Pero Ana insiste en que su hijo tiene algo. Don García asegura que no hay nada de qué preocuparse y que, en todo caso, conviene que él vaya al cuarto del niño a conversar como amigos. Él es una mejor opción, porque, si van los padres, parecería que lo quieren resontrar por algo, ¿no? Atanasio accede y se lleva a su renuente esposa a la habitación.

Don García toca a la puerta de Encarnación.

—¿Encarnación? Soy yo, don García. ¿Puedo entrar?

—Pasa, tío.

Así le decía Encarnación, «tío». Fue el propio

don García quien le enseñó a llamarlo así en las noches en que lo visitaba cuando era más pequeño o cuando lo llamaba a su habitación en la parte trasera de la casa.

Don García entra al cuarto y encuentra al niño sentado en la cama.

—Tus padres están preocupados por ti hoy, sobre todo tu madre.

—Mamá siempre es así, tío.

—¿Y por qué crees que es así?

—Porque me quiere mucho.

—¿Y quién más te quiere mucho?

—Papá.

—¿Y quién más?

—Tú, tío.

—Claro que sí, mi campeón, yo te quiero mucho. Y te cuido, y me preocupo por ti, porque te quiero —se sienta a su lado en la cama y apoya el brazo izquierdo sobre las pequeñas espaldas del niño—. Por eso veo con apuro lo que has hecho hoy con el perrito. Yo lo alimentaba, ¿sabes?

—Lo sé, tío.

—Lo llamaba Campeón, como te digo a ti.

—No lo sabía, tío.

—Lo llamaba así porque, si bien era un pobre perrito de la calle, era una criatura de Dios, como nosotros. Y además era hermoso, de un color negro brillante, y la Providencia le habría dado buena vida si lo hubiéramos alimentado bien. Ese perrito tenía la oportunidad de criarse con nosotros y la perdió.

—¿La oportunidad? ¿Qué es eso?

—Una oportunidad, mi campeón, es la sazón que aparece en algún momento de la vida para hacer algo por una única vez, algo que nunca más se va a repetir.

—¿Nunca más?

—Nunca más. Por eso debemos aprovecharla, porque, según el camino que tomemos, la fortuna nos deparará nuestro destino, un destino que marcará nuestras vidas para siempre.

—¡Para siempre! Eso dijo la señora anoche en la plaza, que a los condenados hay que confesarlos con los curas porque si no arderán en el Infierno para siempre...

—Dices bien, mi campeón. Ese pobre hombre que viste ajusticiado ayer, por ejemplo, él tomó un camino equivocado y de pecado. Eligió el camino de la violencia y el crimen, y por eso su vida lo llevó a la horca.

—Y toda la barriga le vaciaron, tío.

—¿Por eso abriste al perrito hoy, para ver lo que tenía adentro?

—Sí, tío.

—Querías ver si los animalitos son como las personas.

—Sí, tío. ¿He tomado un mal camino?

—No, mi campeón, no digas eso. No lo has hecho. Aún. Pero aquí está tu tío para ayudarte y guiarte por el buen camino, para que nunca equivoques el rumbo y así saques provecho de las oportunidades y tengas una vida para siempre feliz.

—¿Para siempre?

—Para siempre, mi campeón. Yo siempre veré que estés bien. ¿A ver esa barriguita?

Don García le levantó la camisa a Encarnación.

—¡Uf! Está buena. Enterita y de buen color, y sin ningún corte. No queremos que ningún gigante venga y te abra como abriste al perrito, ¿cierto, campeón?

—Cierto, tío.

—Venga, señor, voy a voltearte para ver tu espalda y que tu culo esté todo bien...

—Espera, tío, ¿qué es eso?

—¿Qué es qué?

—Eso... ¿no lo sientes?

Don García se detiene y, apoyándose sobre las palmas de sus manos, se alza sobre Encarnación para escuchar mejor. Los perros ladran, es verdad. Y es verdad también que un sonido sordo crece y crece, y hace vibrar los muros como un rugido que asciende desde el centro del mundo y despostilla la puerta y raja las paredes, y desprende una parte del techo, que se precipita sobre don García y le rompe la cadera, mientras Encarnación se escabulle de lado y se salva del derrumbe, acurrucado en el vacío formado entre la cómoda de madera, que ha caído al piso, y la cama.

Ha pasado un instante eterno.

El terremoto ha cesado ya.

—A... yuda —gime don García bajo los escombros.

—¡Espera, tío! —dice Encarnación, mientras sale en busca de sus padres.

Encarnación no encuentra a nadie. Ladridos y gritos le disputan el silencio a la noche. Su casa está casi toda en escombros, así que ha trepado por sobre ellos y ahora da la vuelta a la casa, mientras llama a sus padres, que no responden. Encarnación respira silenciosa pero agitadamente. Está en el frente de su casa, en la carnicería, que ha quedado casi incólume, salvo por la cajonera, que ha caído frente a la mesa de cortar y que, al golpearse con ella, ha

desparramado los cuchillos y las herramientas. La hoja corta y ancha de un cuchillo brilla en el suelo bajo la luz de la luna. Encarnación toma el cuchillo y trepa sobre los escombros de su casa.



FRUTOS DEL TIEMPO

José Armando Gallegos

Desde que murió don Guido, la señora no fue la misma. Antes siempre andaba ocupada con algo, organizando alguna reunión o pendiente de sus hijos y de sus nietos, con una energía que parecía inagotable. La antigua casa, cubierta en tinieblas por la sombra de los edificios, se comenzó a volver un cementerio de recuerdos para ella. El jardín a oscuras ya no le interesaba. El silencio, que inundaba todo, hacía sentir que una parte de ella se había ido con él. Cada rincón le recordaba a la ausencia de su marido. ¿Cómo será separarse después de sesenta años? No puedo ni imaginármelo. Yo, que no quise casarme para nunca tener que enviudar. Cuando sus hijas le propusieron mudarse, pensaron que les iba a decir que no. Me preguntaron qué opinaba yo. Yo les dije que había que sacarla de ahí o se moriría de pena. Cuando le dijeron que tendría un jardín más iluminado y más grande, la señora se convenció sin dudarle. Dejamos la casa de la avenida Arequipa y nos mudamos a una más moderna, en San Isidro.

El jardín fue lo único que la pudo traer de vuelta a la vida. Solo un proyecto así podía llenarla de alegría. Cuando llegamos, el jardín estaba en un estado lamentable. La anterior dueña había pasado sus últimos años enferma, con una fortuna venida a menos, así que por mucho tiempo no hubo nadie que cuidara las plantas ni el césped. Era un terral descuidado, lleno de maleza y plantas secas. Lo primero que hizo la señora fue mandar a arar la tierra y plantar pasto nuevo y cuatro eucaliptos al fondo. Recuerdo cómo esos arbolitos apenas llegaban a los cincuenta centímetros cuando los pusimos en tierra y, a los pocos días, ya alcanzaban los veinte metros. Sus ramas frondosas adornaban el pasto con piñones que caían casi como lluvia todo el día. Horacio disfrutaba de corretear y atraparlos en el aire y llevárselos a la señora para que se los tirara y jugarlos incansablemente. Así se pasaban las tardes durante el primer mes.

La tierra era fértil como no he visto en ningún lugar, como si hubiéramos encontrado un paraíso en medio de la ciudad. Gladiolos, tulipanes, girasoles, margaritas y hasta orquídeas silvestres crecieron sin esfuerzo. La señora paseaba entre las flores, tocaba sus pétalos y aspiraba los olores como si eso la conectara con algo que nada más le ofrecía.

Antes, buscaba ese tipo de conexión en otras partes, se veía con sus amigas, andaba ocupada con compromisos sociales. Con la mudanza, algunas vecinas la comenzaron a llamar para unirse a clubes en su nueva zona, pero ella rechazó todas las propuestas. Fuera del jardín, el mundo exterior perdió su encanto y las cosas

que antes la llenaban ya no tenían sentido. Se dedicó por entero al cuidado de las flores en su casa, que parecían crecer solo para ella. Las raíces de los árboles comenzaron a traer problemas a las tuberías de los vecinos, así que los tuvo que mandar a talar conforme fueron apareciendo. Poco a poco fue encontrando algo de consuelo en todo lo que crecía, recogiendo flores y acumulando madera para hacer juegos de muebles para toda su familia.

Pocas cosas se quedaban en la casa, solo lo necesario. Los jardineros nunca duraban mucho tiempo porque siempre llegaban con preguntas que molestaban a la señora. Querían saber cómo hacía para que el jardín creciera tan rápido, cómo era posible que las plantas se mantuvieran tan verdes y sanas. Ella no respondía. Venían las preguntas y, a los tres días, los despedía. Siempre fue así, le irritaba tener que dar explicaciones.

Entonces apareció Gregorio. Un hombre viejo de ochenta años, de pocas palabras, muchas sonrisas y casi sin dientes. No traía preguntas, sino ideas. Recogía las flores sin chistar y talaba los troncos sin dudar. Quizás eso fue lo que más le gustó. Gregorio era viudo, como ella, y entre charla y charla sobre sus nietos, iban compartiendo trucos para que las flores duraran más. La casa se llenó de arreglos como antes no había sucedido. Flores en la sala, en la cocina, en cada rincón de la casa. Horacio también se encariñó con él, lo recibía como si lo conociera de toda la vida. Lo lamía, lo mordía cariñosamente, le daba la pata sin que se la pidiera y lo embestía cada vez que llegaba. A veces, Horacio se demoraba en hacerle caso a la señora porque

estaba jugando con Gregorio, quien le ordenaba rápidamente que regresara. No la quería celar. Él, dócil, siempre obedecía a su amo adoptivo.

El tema fue cuando comenzaron a aparecer sauces llorones. A la señora le causaba cierta fascinación observar la tranquilidad con que sus raíces se extendían en el jardín tan pronto, pero era como si supiera que de esas hojas brotaría algo que la entristecería. Tenía que deshacerse de ellos. Además, traerían problemas con las tuberías.

Una tarde en particular, Gregorio había terminado de plantar crisantemos y buganvillas, y como hacía calor, le ofrecí un mango helado. Me pidió que se lo diera sin pelar. Empezó a comérselo como un niño, con las manos y todo el rostro empapado. Mordió la pepa con los dientes, hasta que la dejó limpia como un hueso. ¿Cómo podía disfrutarlo de esa manera? Sin cubiertos, con toda la camisa empapada, jugo de mango desde el pecho hasta las piernas. Yo tuve que pasarle una servilleta. Cuando terminó, dejó la pepa tirada junto a los crisantemos. No la vi, si no me habría encargado de recogerla. Al día siguiente, Gregorio continuó plantando sus rosas blancas y me extrañó encontrarlo examinando el jardín con cierta angustia, como si hubiera hecho algo malo.

Ante la evidente preocupación del hombre, me acerqué y descubrí un arbolito de mango creciendo donde no debería. Seguramente Horacio, travieso como siempre, la había enterrado. No era un árbol tan grande, pero instantáneamente pensé en las raíces, en las tuberías de los vecinos y en la reacción de la

señora. Le advertí más de una vez sobre eso, pero Gregorio parecía no poder evitar los «accidentes». Tenía que talarlo, él lo sabía. Consciente de su descuido, fue a contarle a la señora. Para mi sorpresa, ella no se enojó. En cambio, la vi sonreír y, por primera vez en mucho tiempo, llorar de alegría.

—El mango era la fruta preferida de Guido.

—Disculpe, señora. Fue un accidente. Ahora mismo lo talo.

—No, Gregorio. Querido... ¡Nunca se me había ocurrido plantar frutas! ¡Qué delicia!

Cosechamos mango un par de días, hasta que finalmente tuvimos que talar el árbol. Para la señora, fue como si el jardín destellara a un nuevo nivel. Gregorio, viendo lo feliz que estaba la señora, le propuso plantar más: papayas, sandías, limones, uvas y todo lo que la tierra permitiera. En una semana, aquel jardín se convirtió en el Edén sobre la tierra. Ni Jesús podría haber multiplicado la fruta de esa manera. La señora volvió a preparar postres como antes. Nadie nunca se quedaba sin probar algo. Los nietos, los hijos y hasta los bisnietos volvían a visitarla más seguido. A todos les ofrecía algo especial. Para el señor Tito, pie de limón. Las fresas eran las preferidas de la señorita Amelia, así que las tartaletas eran siempre para ella. Los viernes cocinábamos bizcochos de higo para la señorita Carmela. Finalmente, la señorita Giulia llamaba para pedir un postre nuevo cada semana. Siempre ha sido indecisa, desde chica. Claro que la que terminaba trabajando más en la cocina era yo, siempre. Aun así, teníamos demasiada fruta, algunas empezaban a pudrirse, pero la

señora seguía fascinada con las preparaciones y los envíos. Ella sabía lo que hacía, sabía que el jardín los estaba manteniendo cerca.

Una mañana, apareció un sauce llorón en la esquina del jardín y la señora le pidió a Gregorio que se encargara. Sin decir nada, tomó la sierra.

Justo cuando estaba cortando el árbol, Horacio, acostumbrado al juego de atrapar piñas en el aire, saltó delante de él. No me dio tiempo ni de reaccionar. Gregorio tampoco pudo detenerse. El aullido de Horacio retumbó en todo el jardín seguido del silencio más pesado que he escuchado en mi vida. El perro quedó partido por la mitad, y Gregorio, cubierto de sangre, con la sierra aún en la mano sin saber qué hacer. La señora se asomó al jardín. Apenas lo vio, quedó paralizada. No hubo gritos ni llanto. Se quedó mirando a su fiel compañero tirado ahí, en dos partes, con las vísceras regadas sobre las rosas blancas que habíamos plantado hace unos días. Fue un momento horrible. Gregorio pasó la mano por su gorro y lo apretó contra su pecho como si con eso pudiera pedir perdón. No se atrevió a mirarla a los ojos, pero con el rostro salpicado de rojo, balbuceó un «Lo siento, señora», pero ella no respondió. Yo, a su lado, la sostenía mientras ella temblaba.

—Entiéralo y vete —fue lo único que dijo al levantar la mirada.

La casa se llenó de gente cuando la noticia corrió. Todos vinieron a ver a la señora. Lo único de lo que se hablaba eran murmullos insultando a Gregorio. Desde Tito, el mayor de sus hijos, hasta Andrea, la bisnieta de tres años, todos lo maldijeron. Parecía como si la muerte de Horacio

hubiera sido más trágica que la del señor. Ningún arreglo de flores ni ningún postre podían arreglar la tragedia que habíamos presenciado. Hicimos una oración junto a la pequeña tumba horrible que Gregorio había improvisado, metiendo los restos en un cajón de madera bajo tierra. Las rosas seguían manchadas de sangre y sobre el lugar dejó una lápida hecha con el plato de una maceta rota. No fue un entierro digno, pero tampoco había espacio para más.

Esa noche la señora no pudo dormir. Llamé al doctor Chaparro y le receté tres pastillas diferentes para que lograra descansar. El doctor repetía que era de esperarse que se desconectara un poco de la realidad, sobre todo después de algo tan traumático. Me dormí al lado de su catre, en el sillón, escuchando cómo murmuraba entre sueños y cómo se despertaba de a ratos, llorando por su perro.

Al día siguiente, amaneció soleado. Le llevé tostadas y una manzanilla, aunque sabía que no iba a querer comer. Tenía que intentarlo. Abrí las cortinas para que entrara algo de aire fresco, quizás algo de luz podría animarla. Cuando me volví hacia ella, su rostro estaba sereno, como si el sueño le hubiera dado un pequeño respiro. Pero entonces, en medio del silencio, escuché algo. Un ladrido.

No quise decir nada, porque no estaba segura. La señora abrió los ojos de golpe. Se le dibujó en el rostro una sonrisa que no le había visto en años.

—¿Escuchaste, Teófila?

Me quedé muda. No estaba segura, tampoco quería darle cuerda a un sinsentido, ya estamos grandes las dos. Pero los ladridos se repitieron.

Esta vez más fuertes, más cercanos. La señora se levantó del sillón con una agilidad que no le había visto nunca. Se asomó al balcón, mirando hacia la tumba de Horacio, con los ojos muy abiertos. Había más de un ladrido, sonaba como un coro.

—¡Teófila, tráeme mi celular!

Obedecí, aunque no sabía qué estaba pasando. Marcó un número que conocía bien.

—Aló, ¿Gregorio? Querido, necesito que vengas en este momento. ¡Apúrate! No te lo vas a creer.



SOBRE LOS AUTORES

Alberto de Belaunde (Lima, 1986) es abogado y profesor. Se pregunta si ya puede poner escritor o mucho roche. Decide que esperará a publicar algunas cosas más.

Paola Franco (Lima, 1992) es artista visual y profesora. Su cuento transcurre en Cieneguilla, ese lugar del que siempre habla y al que vuelve en casi todo lo que escribe.

Carlos Barzola Florián (Lima, 1993) estudió Literatura en la PUCP. Actualmente, cursa la Maestría en Escritura Creativa en la misma Universidad. Busca ser la mejor versión de sí mismo, aunque, siendo sinceros, con un té con limón se conforma.

Rodrigo Mengoni (Lima, 1993) es publicista y amante de la escritura. Su mayor aspiración es crear historias que nunca antes hayan sido contadas.

Ronald Taza (Huancayo, 1985) es administrador de empresas de profesión y un intruso en el mundo de las letras y la literatura, aunque disfruta de escribir.

Mary Bustinza (Lima, 1994) es comunicadora audiovisual. Le gusta escribir porque es una forma de conectar con otras personas y consigo misma.

Geoffrey Cannock (Lima, 1958) es economista y asesor. Está en el proceso de validar su contrafactual según le recomendó la prueba de vocación profesional cuando estaba en sus dieciséis.

Tirso Causillas (Honduras, 1988) es teatrera, docente e investigador desde las artes. Amigo de las causas perdidas, como las utopías y la literatura.

Álvaro Sialer Cuevas (Lima, 1978) estudió Historia, pero no ejerce. Se dedica a leer, escribir, cuidar textos y correr.

José Gallegos (Lima, 1994) es escritor y comunicador. No siempre se toma las cosas en serio, pero siempre se toma un café antes de escribir.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a las y los estudiantes y egresados de la Maestría en Escritura Creativa (MEC) de la Universidad, quienes confiaron en nosotros y pusieron en nuestras manos inexpertas sus cuentos inéditos. Sin su generosidad y buena onda, este libro no hubiera sido posible.

A Giovanna Pollarolo y a Lucía Patsías, directora y gestora de la MEC, respectivamente, por ver con entusiasmo este proyecto y permitirnos utilizar los cuentos trabajados en los cursos de la Maestría para formarnos como editores.

A la Dra. María Gracia Ríos, directora de la carrera de Literatura Hispanoamericana, por su entusiasmo e incansable labor por darnos nuevas oportunidades de aprendizaje y formación que alimentan nuestro amor por la literatura.

Al Dr. Francisco Hernández, decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, por su confianza y apoyo en este experimento.

A Sandra Arbulú Duclos, editora y correctora del Fondo Editorial PUCP, por compartir sus conocimientos y chistes con nosotros.

A Romanet Silva y Marcelo Fiori, de Conjunto Studio, por crear la identidad gráfica que refleja el espíritu de este proyecto.

Finalmente, a las y los lectores, que han estado en nuestras mentes y corazones en cada paso de la creación de este libro.

Participaron en la edición y corrección de este libro los estudiantes del curso Introducción al Trabajo Editorial del semestre 2024-2

Julia Celeste Castillo Vaca, Luna Durand Olivera, Gabriel Omar Huatuco Ramirez, Diego Ventura Mamani Castillo, Sarahkay Stephany Melgarejo Inga, Ainara Milene Miranda Jara, Jimena Moscoso Segovia, Camila De Fátima Ortiz Baltodano, Elise Pailler, Ricardo Manuel Quintanilla Del Águila, Barbara Rios Beteta, Amaranta Rios Vilela, Luciana Rivera Silva, Matías Ruiz Echegaray, Santiago Mateo Siles Rossi, Efrain Pedro Uscovilca Nizama, Gabriel Valdivia Monzón, Salvador Alonso Valencia Vera, Victoria Vasco Alpun y Arturo Yupanqui Chambi.

SILENCIO, SOLEDAD Y OTRAS FLORES
se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156, Breña
Correo electrónico: tareagrafica@tareagrafica.com
Teléfono: 332-3229 - Fax: 424-1582
diciembre, 2024
Lima - Perú



SOBRE ESTE LIBRO

Esta antología es el resultado final del curso Introducción al Trabajo Editorial, de la especialidad de Literatura Hispanoamericana de la Pontificia Universidad Católica del Perú. A lo largo del semestre, las y los estudiantes recorrieron cada uno de los pasos de la cadena de producción de un libro: desde la selección de manuscritos, la edición y corrección de textos, hasta su producción y publicación. Así, este curso electivo, que se dictó por primera vez, tiene el objetivo de iniciar a las y los estudiantes en el trabajo editorial y en el rol de editores de textos.

«Lo que comenzó como un experimento editorial que Rosario Yori, responsable del curso Introducción al Trabajo Editorial, llamó “Simulacro editorial”, se convirtió no solo en una “práctica real” sino en un ejemplo de trabajo en construcción y colaboración en el que las dos partes involucradas, editores y escritores, se beneficiaron mutuamente y aprendieron unos de otros. El resultado es este libro, que reúne también los esfuerzos de la Facultad y de la Maestría en Escritura Creativa».

Giovanna Pollarolo,
Directora de la Maestría en Escritura Creativa

En este jardín crecen las flores más extrañas: el silencio, la soledad, el extravío, el duelo, la reconciliación. ¿Qué significa ser una mujer, un niño, un hombre o descubrirte envejeciendo? ¿Cómo nos marcan los secretos que callamos o el inesperado consuelo que hallamos en otros? *Silencio, soledad y otras flores* es una antología de diez cuentos de autores peruanos emergentes que despliegan su dominio técnico y originalidad para explorar la condición humana en sus múltiples facetas.

Escritos por estudiantes de la Maestría en Escritura Creativa de la PUCP y editados por un grupo de jóvenes en su primera incursión en la edición, estos cuentos presentan historias insólitas y conmovedoras que trazan un retrato honesto de las relaciones humanas. Desde un anciano perdido en sus recuerdos hasta un sacerdote que borra cualquier rastro de Dios en la vida de un niño, cada historia nos recuerda el misterio de las vidas más comunes y la belleza de lo cotidiano.

Este libro invita al lector a un recorrido íntimo y profundo, en el que cada relato es una flor singular en un jardín donde brota lo inexplicable.



PUCP

Facultad de Letras
y Ciencias Humanas